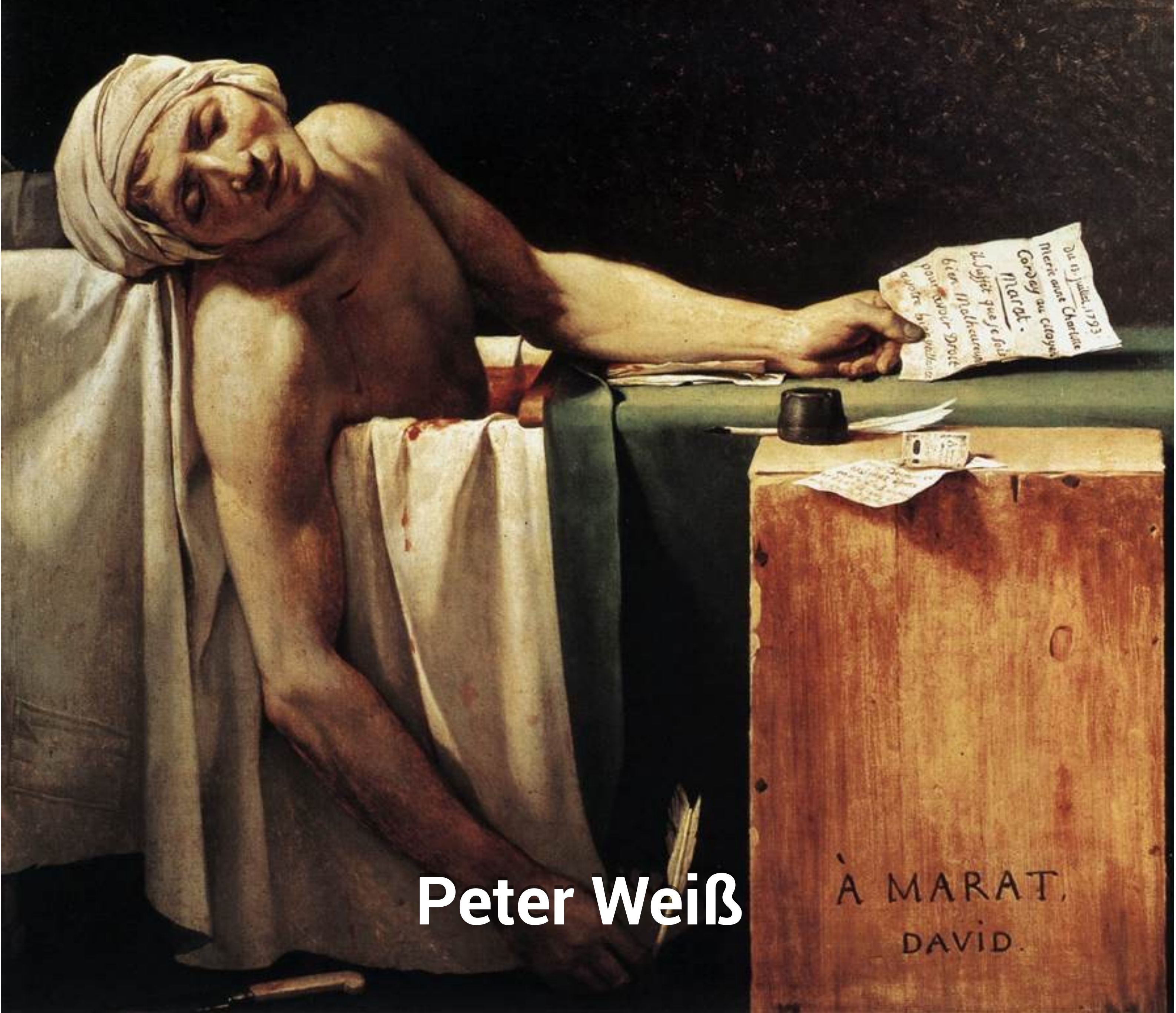
Persecución y Asesinato de Jean–Paul Marat

Drama en dos actos



Peter Weiß

Persecución y Asesinato de Jean-Paul Marat

Peter Weiß

Persecución y Asesinato De Jean–Paul Marat

Peter Weiß

Representado Por El Grupo Teatral De La Casa De Salud De Charenton

Bajo la Dirección del Señor De Sade

Drama en dos actos

Versión española para el teatro de

Alfonso Sastre

Esta obra, en su versión original, se estrenó el 29 de abril de 1964 en el Schillertheater de Berlín.

Dirección de Konrad Swinarski.

Música de Hans Martin Majewski.

Personas del Drama

El Marquez de Sade

Juan Pablo Marat

Simona Evrard

Carlota Corday

Duperret

Jacobo Roux

Los cuatro cantores:

Kokol – bajo
Polpoch – barítono
Cucurucu – tenor
La Rosiñol – soprano

Enfermos

El pregonero

Cinco músicos

Enfermeros

Religiosas

Coulmier

La mujer de Coulmier

La hija de Coulmier

Acto primero

La campana de la casa de salud suena fuera de escena. Se levanta el telón.

1 Parada

La escena representa el cuarto de baños de la casa de salud, con un mobiliario apropiado. Hay bancos dispuestos para los actores y para los pacientes y las hermanas.

En primer término, a la derecha, está la bañera de Marat con una tabla encima para escribir. A la izquierda, la silla de Sade, sobre un podium.

También a la izquierda, estará instalada la tribuna para Coulmier y su familia.

Los músicos tienen un sitio destacado en el escenario. Se ultiman los preparativos para la representación, bajo la dirección de Sade, antes de la entrada en escena de los actores. Acompañamiento de la orquesta.

Los pacientes acaban de realizar algunas operaciones rutinarias: algún baño, algún masaje.

Al foro, están sentados o acostados los pacientes.

A una señal de Sade, los actores entran por una puerta lateral, al foro izquierdo, detrás de Coulmier y su familia. Hermanas y enfermeros los acompañan.

Los pacientes se levantan.

El cortejo procede con solemnidad. Se oye la campana de la casa de salud.

Marat, envuelto en una gran toalla y acompañado por Simona, es conducido hacia su baño.

Carlota Corday, en estado letárgico, es conducida por dos hermanas hacia un banco.

Duperret, Roux y los cuatro cantores ocupan sus puestos mientras Coulmier llega a la plataforma para la representación. El pregonero se mantiene en un segundo plano. Sade está cerca de su silla, a mayor altura.

La campana deja de sonar.

2 Prólogo

Coulmier.—
Como director de la Casa de Salud de Charenton les doy la bienvenida de todo corazón.
A nuestro cliente, Señor de Sade, hemos de agradecer
que haya escrito y montado para nuestro placer
una obra de teatro de alguna diversión
y también de enseñanza y de edificación.
Solicitamos indulgencia
para los asilados que la van a representar.
¡Ellos, ay, no tienen más experiencia
que la adquirida en este lugar!
Nosotros, espíritus modernos e ilustrados,
en vez de emplear terrores y amenazas con nuestros internados
procuramos aliviar su tedio y su clausura
por medio, como ven, del arte y la cultura...
Servimos de este modo los principios sagrados
que en el solemne Decreto de Derechos del Hombre quedaron declarados.

La obra (dirigida por el Señor de Sade)
se va a hacer en esta parte, aunque haya humedad
(aquí es donde se bañan los clientes
siguiendo tratamientos convenientes).
Que sea un cuarto de baños no nos molesta nada
y hasta queda la puesta en escena muy facilitada,
pues la obra recoge de Marat la agonía,
la cual tuvo lugar un cierto día,
como saben ustedes, metido en su bañera,
donde Carlota Corday (que a eso venía)
le dio una puñalada que resultó postrera.

(Da una palmada)

3 Preparación

El pregonero hace una señal a la orquesta con su puntero.

Ataca con una música solemne.

Coulmier y su familia llegan a la tribuna de ¡a izquierda.

Sade sube a su podium.

Sientan a Marat en su bañera. Simona le coloca el paño en la cabeza y la toalla sobre los hombros.

Las hermanas arreglan la toilette de Carlota Corday.

El conjunto adopta una postura de cuadro heroico.

Termina la música.

4 Presentación

El pregonero.—

(Golpea tres veces el suelo con su puntero)

Este que veis aquí, metido en su bañera,
representa a Marat; no es un cualquiera.

(Lo señala con el puntero)

Muy pronto ha de cumplir cincuenta años
y lleva a la cabeza atado un paño.

(Señala el paño)

Y ese aspecto se debe a la erupción.
Este agua fresquita en que se baña

(Señala la bañera)

le calma algo la fiebre y no le daña.

(Marat coge su pluma y se pone a escribir)

Hemos elegido para este personaje
a un enfermo al que le viene muy bien este lavaje.
Padece paranoia, según nuestro diagnóstico;
y con hidroterapia mejora su pronóstico.
Esta señora alta que ante él se reclina

(Señala a Simona, que se inclina con un gesto rígido sobre Marat, le quita la venda y se la cambia por otra)

y que le tiene (como puede apreciarse) estima
no es Carlota Corday sino Simona Evrard.

Representa a la esposa de Juan Pablo Marat,
si bien su matrimonio se hizo sin ningún rito:
un juramento mutuo... Sobran los requisitos.
Aquélla es la Carlota de nuestro festival.

(Señala a Carlota Corday, que se alisa el traje y cuida de la honestidad de su vestido, arreglándose el velo del pecho)

Procede de la nobleza provincial.
Lleva un bello vestido y zapato moderno

(señala los zapatos)

pero es mujer modesta en verano e invierno.

(Señala el pecho)

Su parecido es grande con la Carlota real
según una opinión muy general.

(Ella se levanta)

Mas como nuestra actriz, en la actual ocasión,
sufre letargía crónica y también depresión

(Carlota Corday deja caer la cabeza muy hacia atrás, con los ojos cerrados)

nos tiene, hay que decirlo, un poco en vilo
pensando que, al actuar, puede perder el hilo.
¡Nuestro deseo ardiente

(Insiste enérgicamente para que Carlota Corday lo oiga)

es que diga el papel correctamente!

(Señala a Duperret)

Con pantalón de seda y peluca empolvada,
miren a Duperret; es persona afamada.
Cuando aparece él, aporta distinción
a este mundo confuso de la revolución.
Como es un girondino, es cosa bien segura
que en una lista negra de Marat él figura.
Pero, aparte de esto, tiene muy buen humor
y siente por los hombres, allá en el fondo, amor.

(Duperret se insinúa ante Carlota Corday con una caricia furtiva. El pregonero le golpea la mano con el puntero, a modo de advertencia. Una hermana se lo lleva hacia atrás a la fuerza)

Aquél está internado por ser un extremista.

(Señala a Roux, que se pone las manos en las caderas, los codos separados, la cabeza alta)

Es un fraile; se advierte a simple vista.
Hace el papel de Roux que es un fanático
de Marat y su revolución. (Aquí nos es simpático.)
Por desgracia la censura ha puesto condiciones
y ha tachado una parte de sus declaraciones
por parecerles demasiado radicales
para la paz y el orden nacionales.

(Roux abre mucho la boca y agita los codos. Coulmier le amenaza levantando el índice)

Honorables señores, vosotros sois, yo pienso,
de muy distintas clases procedentes.

(Describe con un gesto toda la sala)

Lo mismo puede decirse de los cómicos
a este grupo teatral pertenecientes.
(Señala a los actores)
Esos cuatro de ahí son una buena muestra.

(Señala a los cuatro cantores)

Están casi curados en esta casa nuestra.
Los caminos y antros y refugios de hampones
ya no son los lugares de sus exhibiciones.
(Los señala uno por uno)
Aquí Kokol, Polpoch y Cucurucu
—el orden es igual—.
Y ésta se llama Rosiñol, la cual en otro tiempo
fue una chica venal.

(Los citados van modificando su postura y saludando con movimientos estudiados como es costumbre en las barracas de feria. La Rosiñol hace una reverencia)

Hablemos, pues ya es hora, de este señor bastante grueso,

(Señala a Sade, que vuelve la espalda al público, con fastidio)

que reside entre nosotros desde hace cinco años.
Tuvo fama infamante hasta que fue, por eso,
objeto de mil pruebas y perjuicios y daños.
Hoy es Señor de Sade; Marqués otro momento.
Esta obra es producto de su raro talento.
Autor de varias obras, muchas de ellas quemadas,

él tiene en las prisiones muchas horas pasadas.
Se acaba, en fin, la introducción...
Y empieza la representación.
1808. Hoy es julio y es 13.
Como hace quince años, ustedes van a ver

(Señala a Marat)

sobre el pobre Marat la gran noche caer.
Estaba en su bañera y ya sangra y perece.
Ya verán que la sangre le brota por el pecho.

(Señala el pecho de Marat)

Después de mucho cavilar, ella le ha hecho

(Señala a Carlota Corday)

esa herida de muerte con un puñal comprado
en una tiendecita cualquiera del mercado.

5 Homenaje a Marat

Kokol y Polpoch.—

(Recitativo)

En aquel tiempo, amigos, hacía cuatro años
que la revolución tenía el poder en sus manos.
Se había ido a la porra el dorado espantajo
y se habían quedado sin azotea
(Por la cabeza)
algunos reaccionarios.

El coro.—

(Al foro, canta)

Los aristócratas a la hoguera
y los hisopos al arroyo.

Cucurucu y la Rosiñol.—

(Recitativo)

Era una fecha conmemoratoria:
la víspera de la Federación
y Marat revivía la gloria
de la primera gran victoria,
¡victoria de la revolución!

El coro.—

(Al fondo, canta)

Los generales, empalados.
Especuladores a la horca.

Roux.—
Viva la Revolución.

(Los cuatro cantores y otros pacientes se disponen en actitud de apoteosis alrededor de la bañera. Le tienden una corona vegetal)

Un enfermo.—

(Al foro)

No queremos cavar, Marat, la propia tumba.

Un enfermo.—
Quisiéramos también, si es posible, comer.

Un enfermo.—
Vivimos todavía en una catacumba.

Todos los enfermos.—
Queremos prosperidad. ¡Así no puede ser!

Kokol.—

(Señalando la corona)

Marat, te coronamos con estas pobres hojas.
El laurel se ha agotado en los laureles.
Lo colocaron en principescas cabezotas
y en las de generales y académicos fieles.

(Coronan a Marat, lo levantan en su bañera y los pacientes lo izan sobre sus hombros)

El coro.—
¡Viva Marat! ¡Viva Marat!
¡Eres el único en el que tenemos confianza!
¡Contigo y no con otro podemos aún contar!

(Llevan a Marat en triunfo alrededor de la plataforma. Simona sigue el movimiento, dirigiéndole una ansiosa mirada. Los cuatro cantores y los pacientes del cortejo ejecutan un ritual de homenaje muy estudiado)

La Rosiñol.—

(Ingenuamente, creyendo que lo que está ocurriendo es verdad)

Padrecito Marat, te has puesto hecho una pena
de rascarte.
¡Nuestra revolución
no debe ser sangrienta ni sangrante!

Kokol y Polpoch.—

(Cantan)

¡Marat, qué cuatro años
de actividades
denunciando a traidores
y potestades!
¡Ay, obligado
fuiste a huir y anduviste
muy molestado!

Cucurucu y la Rosiñol.—
¡Pero tú combatiendo
siempre a los curas,
a aristócratas necios
y sinecuras!
¡Tú tan entero
y otros lamiendo a nobles
en el trasero!

Los cuatro cantores y El coro.—
Marat, ¿qué están haciendo con la Revolución?
Lo que ocurre nos causa malísima impresión.
Nosotros somos pobres; no nos dan ocasión.
No esperes a mañana, dice nuestra canción.

(Marat es vuelto a colocar solemnemente en su bañera. Le han quitado la corona. Simona le cambia la venda muy aprisa y le ajusta la toalla a los hombros. Termina la música. Sade está sentado, inmóvil, y contempla iró-nicamente la escena)

6 Agitación reprimida

La Rosiñol.—
¡Y venga de chuparnos la sangre, venga, venga!
Y venga de echarnos cachitos de papel diciendo que es dinero,
papel que sólo sirve ciertamente
para poder limpiarnos (con perdón) el trasero.

Un enfermo.—
Fraternalmente compartimos miserias y piojos.

Un enfermo.—
Tenemos libertad para morir de hambre.

Un enfermo.—
Con igualdad cerramos, muriéndonos, los ojos.

(Coulmier se mueve, nervioso, en su silla)

Roux.—
¿Quién reina en los mercados de frutas y verduras?
¿Quiénes tienen cerrados para ellos los graneros?
¿Quiénes han engordado y han sido los logreros
que no han distribuido los campos requisados?

(Coulmier mira a su alrededor. Una hermana lleva a Roux hacia atrás)

Los pacientes.—

(Al fondo, haciendo compás con las manos, tras haberse puesto de acuerdo)

Estamos retenidos en esta casa injustamente.
Estamos todos sanos. Vivamos libremente.

(Aumenta la agitación)

Coulmier.—

(Golpea la barandilla con su bastón)

Señor de Sade.

(Sade no reacciona)

Me parece que debo imponer aquí la voz de la razón. ¿Adónde vamos a parar si desde el principio de la obra dejamos que se desarrolle este tumulto? Es peligroso. Por favor, por favor; tengamos calma. Al fin y al cabo han cambiado los tiempos y deberíamos esforzarnos en ver estos tristes incidentes bajo una luz un poco más serena. ¿De acuerdo, señor de Sade? ¿De acuerdo todos?

(Los pacientes son rechazados por los enfermeros. Algunas hermanas se sitúan frente a los pacientes y cantan una letanía para calmarlos)

7 Se presenta Carlota Corday

Carlota Corday, postrada en su banco, es arreglada un poco por las hermanas antes de su entrada.

El pregonero.—

(Con el tonillo de un romance de ciego)

En las brumas de su fiebre
aquí miren a Marat,
que aprieta fuerte su pluma
y tiene gran ansiedad.
Mientras los clamores suben
de fuera a su soledad,
sus ojos miran un mapa

(Señala un mapa que Marat desenvuelve ante él)

mientras (por los espectadores) en la oscuridad...

(Al fondo, nace y se propaga un murmullo)

El coro.—

(Murmura)

Corday, Corday.

El pregonero.—
...mientras en la oscuridad
esperáis que ella (señala a Carlota Corday) lo mate
como ocurrió en realidad.

(La orquesta toca el tema de Carlota Corday.

Una pausa.

El pregonero espera a que las hermanas hayan terminado sus preparativos)

Ay, ninguno de nosotros
ya lo podría salvar
pues ella está ante la puerta,
(Carlota Corday es conducida y puesta cerca, por las hermanas)
como ven, dispuesta a entrar.

(El pregonero golpea tres veces en el suelo. Carlota Corday es instalada en la plataforma de la representación.

Todo ello tiene un aspecto ritual. Termina la música. Las hermanas se retiran)

Corday.—

(Insegura, soñolienta)

Pobre Marat, en tu bañera,
devorado por la infección,

(Se va despertando poco a poco)

fermentando tu negra bilis
sin esperanza ni ilusión,
metido en tu triste agujero
y llamando a la subversión,
incitando a que se hagan crímenes,
saqueos y devastación.
Mira, Marat, mírame bien.
Mira, Marat, mi corazón.

En mi pueblo se está reuniendo
la tropa de liberación.
Mientras tanto yo la primera
he llegado a tu habitación.

(Las hermanas vienen y se la llevan)

8 Yo soy la revolución

Marat.—

(Con acento tiránico)

Simona, Simona,
échame agua fría.
Cámbiame el paño de la frente.
Ah, qué picor, este picor insoportable.

(Simona está allí, detrás de él, muy dispuesta y ejecuta con gestos maníacos las operaciones de rutina. Cambia el paño, lo abanica con la toalla y echa agua con un jarro en la bañera)

Simona.—
Juan Pablo, no te rasques así.
Te estás arrancando la piel.
Deja por favor de escribir;
no te puede hacer nada bien.

Marat.—
A ver dónde está mi llamamiento
aquella proclama del 14 de julio a la nación francesa.

Simona.—
Juan Pablo, tengo que cambiarte.
El agua está ya roja.

Marat.—
¿Y qué es una bañera de sangre
en comparación con toda la que tiene que correr aún?
Al principio
parecía que iba a ser suficiente con un centenar de muertos;
pero luego
se vio que ni siquiera con millones sería suficiente
y hoy ya no podemos ni contarlos
tantos hay por aquí, por allá, por todas partes.

(Se incorpora en su bañera.

Los cuatro cantores juegan a las cartas y se arrastran por los suelos. No hacen caso a Marat, que sigue:)

Están por ahí, por ahí, detrás de las paredes,
en los tejados y en los sótanos,
esos hipócritas.
Presumen de nuestro gorro frigio
y ocultan el emblema del rey bajo su camisa.
Están con nosotros pero en cuanto se saquea una tienda en la calle, ya empiezan a gritar.
¡Hay que ir por ellos, por esos vagabundos, por esa crápula
de canallas!
Simona, Simona, me arde la cabeza;
ya no puedo ni respirar.

Simona,
El clamor del pueblo está dentro de mí.
Simona,
yo soy la Revolución.

(Las religiosas se llevan a Carlota Corday a la parte anterior de la escena. Duperret la sigue)

9 Primera visita de carlota corday

El pregonero.—

(Golpea tres veces el suelo con su puntero y señala a Carlota Corday. Simona se protege delante del baño)

¡Primera visita de Carlota Corday!

(La orquesta toca el tema de Carlota Corday)

Corday.—
He venido, compañera, a hablar
con el ciudadano Marat.
Tengo comunicaciones importantes,
(y he de dárselas cuanto antes)
sobre mi ciudad donde los conjurados
se reúnen y están muy preparados.

Simona.—
Nosotros no queremos visitas,
preferimos estar tranquilos.
El que tenga algo para Marat

que se lo diga por escrito.

Corday.—
Lo que tengo que decirle no lo puedo escribir;
me tiene, pues, que recibir.

(Con el tono de una declaración de amor)

Compañera, quiero ver su temblor
quiero ver el sudor de su frente y oír luego su gemido
pues tengo que clavarle este puñal
que llevo aquí en el pecho guardado y escondido.

(Como poseída)

Con dos manos lo cogeré sin nada de temor
y lo hundiré en su carne tan funesta
y una vez abierto en canal, con mucho amor,

(Se acerca a la bañera de Marat)

escucharé tranquila su respuesta.

(Está muy cerca de la bañera; saca el puñal y toma impulso para clavárse-lo. Simona está paralizada. Sade se levanta)

Sade.—

(Prosa)

No, todavía no, Carlota. Tienes que llamar por tres veces a la puerta.

(Carlota Corday se para, esconde el puñal y vuelve dócilmente a su banco. Las hermanas y Duperret la siguen)

10 Canción y pantomima de la llegada de Carlota Corday a París

La canción va acompañada por una pantomima de los pacientes. Con disfraces muy simples, imitan las siluetas habituales de la calle. Uno figura, por ejemplo, un incroyable, una merveilleuse o un cuchillero, otro un titiritero o un vendedor de flores: algunas son mujeres alegres y balancean sus caderas.

Carlota Corday figura la muchacha de campo llegada por primera vez a la ciudad y que, ante todo, abre sus grandes ojos asombrados.

Kokol y Polpoch.—

(Con el acompañamiento musical, cantan)

Carlota Corday llega a la capital.
En las ventanas hay muchas colgaduras
que ocultan los cristales y visillos.
Está cansada del viaje; va hacia el Palais Royal.
El sol ya ha disipado las nocturnas negruras
y busca entre las tiendas al vendedor de los cuchillos.

Cucurucú y la Rosiñol.—
Bajo los arcos grandes y por los mostradores
ve mil clases de esencias y de cremas.
La llaman y la abordan, la acosan y le ofrecen
cosas contra la sífilis y otros males menores,
esponjas, lavativas, baratijas, enemas,
y otros objetos más por los que otras suspiran.

Kokol y Polpoch.—

Pero ella se hace la sorda
y ya penetra en la tienda
donde compra un buen cuchillo
(blanca empuñadura lleva).
¿Para quién es?, dice el hombre.
Ella sonríe serena
y paga el precio, que es
dos libras de las francesas
como todo el mundo sabe,
y lo guarda y se lo lleva.

(Pantomima de la compra del puñal. Carlota Corday elige el objeto, lo coge y lo paga. Lo disimula en el pecho.

El tendero aprovecha para echar una mirada y manifiesta su admiración)

Cucurucu y la Rosiñol.—
Ahora escucha que los pájaros
cantan en las Tullerías
y el perfume de las flores
no le llega; ni se fija
en otros raros perfumes:
los de las perfumerías.
Va por callejas estrechas,
olor de sangre vertida,
por donde pasan carretas
con gentes enloquecidas.

(La pantomima aumenta y se convierte en una danza de la muerte. La música subraya el ritmo violento y doloroso. Dos pacientes, disfrazados con una sábana, miman un caballo. Tiran de una carreta en la que van los condenados en camisa. Un sacerdote les administra la extremaunción. Los pacientes que escoltan la carreta dan vueltas sobre ellos mismos, extáticos y desarticulados,danzando y contorsionándose. Algunos son acometidos por convulsiones y se arrojan al suelo en plena crisis de histeria. Estertores y risitas sordas. Los pasos marcan la cadencia musical)

Corday.—

(Vuelta hacia el público. Detrás de ella el martilleo de los pasos)

¿Qué ciudad es ésta
donde apenas el sol puede cruzar la bruma?
Y no es bruma de niebla ni de lluvia.
Es un vapor caliente y muy espeso
como en los mataderos se produce.
¿Por qué esos alaridos?
¿Qué arrastran detrás de ellos?
¿Qué llevan en las puntas de las picas?
¿Por qué saltan y bailan?
¿Qué risa los sacude?
¿Qué tienen que aplaudir?
¿Por qué los niños chillan como pájaros?
¿Qué es esa pelota por la que se pelean? ¿Una cabeza humana?
¡Oh! ¿Qué ciudad es ésta
donde hay carne desnuda tirada por los suelos?
¿Qué rostros son aquellos?

(Detrás de ella se desarrolla la danza macabra. Los cuatro cantores se reúnen con los danzantes. La carreta se transforma en el lugar del suplicio. Dos enfermos figuran una guillotina. Se prepara una ejecución.

Carlota Corday está sentada, con gesto de ausente, ante la plataforma de la representación)

Pronto estarán aquí, junto a mí y en torno mío
con sus ojos,
con sus bocas.
¡Pronto vendrán a detenerme!

11 Triunfo de la Muerte

Pantomima de la ejecución.

Marat.—

(Se dirige a la sala)

Lo que sucede aquí nadie puede pararlo.
Estos hombres han sufrido demasiado
antes de esta venganza.
Ustedes sólo ven esta venganza
sin pensar que ustedes mismos los han llevado a ella.
Ustedes lloran hoy, con un sobresalto de justicia,
la sangre derramada.
¿Pero qué es esta sangre al lado
de la que ellos han derramado por ustedes
en las guerras y cárceles?

(La primera cabeza ha caído. Gritos de triunfo. Comienza la siguiente ejecución)

¿Qué son estos pocos sacrificios
al lado de todo lo que ellos han sacrificado
para alimentarlos a ustedes?
¿Qué son estos pocos saqueos
después de su lenta muerte y su total explotación?
Si ellos revientan frente al enemigo
con el que ustedes conspiran en secreto,
eso a ustedes les da lo mismo.
Su derrota sería la victoria de ustedes
y entonces no se movería ni un músculo de sus plácidos rostros
hoy tan convulsos por el horror y por la indignación.

Coulmier.—

(Se levanta. La cabeza cae. Gritos. Se echan la cabeza como una pelota.

Prosa)

Señor de Sade, esto no puede continuar así. No es nada edificante y me parece poco apropiado para la curación de nuestros enfermos. Con estas cosas se excitan inútilmente. Además, si hemos reunido a todo este público es precisamente para enseñarle que nosotros no hemos recogido aquí tan sólo el desecho de la sociedad.

(Sade no reacciona ante estas palabras. Contempla la escena con una sonrisa irónica)

El pregonero.—

(Interrumpe a Coulmier con su vara)

Sólo queremos aquí mostrar cosas reales
sucedidas en ésta y en otras capitales.
Desaprobando sin duda aquellas actuaciones,
las miramos con calma y sin contemplaciones.
Ahora estamos más lúcidos y mejor informados
de lo que lo estuvimos en los tiempos pasados.

(Señala la parodia de ejecución. Traen a otras víctimas que permanecen inmóviles, dispuestas a morir)

Corday.—

(Se levanta)

Permanecéis inmóviles vosotros ahí arriba
pero vuestra mirada llega mucho más lejos
que la de estos verdugos.
También yo he de tener mi sitio ahí en lo alto
cuando lo que he de hacer se haya al fin consumado.

(Cierra los ojos y parece que duerme de pie)

Sade.—
Míralos ahí, Marat,
a los que disfrutaban de los bienes terrestres,
y mira cómo saben tornar su derrota en triunfo.
Frustrados hoy en día en sus placeres
el patíbulo los libera de un eterno fastidio
y con júbilo suben hacia su propia muerte
como si subieran a una especie de trono.

¿No es esto el colmo de la corrupción? ¿Qué piensas?

(Las víctimas se arrodillan ante el tajo. Con la mano, Sade hace un gesto para que el conjunto del grupo se retire. Los pacientes retroceden. Se llevan la carreta.

Vuelven a Carlota Corday a su banco. Fin musical)

12 Coloquio sobre la vida y la muerte

Vuelve la calma al fondo de la escena. Las hermanas murmuran una breve letanía.

Marat.—
(Se dirige a Sade por encima de la plataforma, ahora desierta)
Yo leí una vez en Sade
(en uno de sus escritos inmortales)
que el principio de toda vida está en la muerte.

Sade.—
Y esa muerte sólo existe en la imaginación;
somos nosotros los que tenemos esa idea.
La Naturaleza no la conoce.
Hasta la más cruel de todas las muertes o catástrofes
se borra en la indiferencia absoluta de la Naturaleza.
Sólo nosotros damos a esta vida cierta importancia.
La Naturaleza podría asistir sin inmutarse
al exterminio de la raza humana.
Yo odio la Naturaleza.
Quiero vencerla.

Quiero combatirla con sus propias armas
y hacerla caer en esas mismas trampas que nos tiende.

(Se levanta)

Esa mirada fría, esa cara de hielo
a la que no conmueve nada,
que puede sufrir todo,
nos procura la audacia de ir cada vez más lejos.

(Recuperando con dificultad el aliento)

¿Por qué no se ha ido siempre
hasta el fin de ese principio natural
según el cual el débil está a merced del fuerte?
¿Y por qué no volver
contra ella la fuerza de nuestros privilegios
en la infamia perpetua y la alegría del mal?
¿Por qué no impulsar las experiencias
en el laboratorio
mucho antes de llegar al suplicio final irremediable?
Vuelvo a ver ahora mismo la ejecución de aquel Damiens
después de su fallido atentado contra el difunto rey Luis XV,
y veo que la guillotina es una muerte dulce
al lado de las torturas que él sufrió
durante cuatro horas para la honesta distracción del pueblo;
mientras que Casanova y su amante detrás de las ventanas
saboreaban aquel gran espectáculo
y él metía la mano debajo de sus faldas.

(Su mirada se vuelve hacia la tribuna de Coulmier)

Le abrieron el pecho, los brazos y los muslos
y le echaron plomo derretido en las heridas,
lo regaron con aceite hirviendo y pez ardiente,
con cera y con azufre;
le asaron una mano sobre el fuego
y le ataron los miembros con cordeles;
lo sujetaron a cuatro caballos los cuales, bajo el látigo,
durante una hora lo arrastraron;
y como no eran muy expertos no conseguían ni aún así
despedazarlo.
Le serraron por fin los hombros y caderas
y así se separó el primer brazo, y luego el otro;
y él todavía miraba lo que hacían con él
y se volvía hacia nosotros
y gritó mucho para que lo escucháramos.
Y cuando le arrancaron primero una pierna y luego otra
aún él estaba vivo; su voz era más débil.
Al final ya no era más que un tronco palpitante
y una cabeza muerta;
y con un estertor miraba el crucifijo
que le tendía el confesor.

(Al fondo, se eleva, en sordina, una letanía)

Aquello era una fiesta que hace palidecer
a todas las fiestas actuales.
Nuestra inquisición tiene ya poco encanto;
y eso que está en mantillas; a los crímenes nuestros
les falta gracia desde el momento en que ellos forman parte
del orden para el día.

Condenamos sin ninguna pasión;
ya no hay bellas muertes individuales
dadas en espectáculo;
sólo queda una rutina mortal, anónima,
por la que pueden ser pasados pueblos enteros
con un cálculo frío
hasta el día, por fin, en que toda la vida sea liquidada.

Marat.—
Ciudadano Marqués:
tú te has sentado, es cierto, en nuestros tribunales
y participaste en el asalto a las prisiones en septiembre,
pero en ti es siempre el viejo aristócrata el que habla
y lo que tú llamas la indiferencia de la Naturaleza
es tu pasividad.

Sade.—
La piedad, Marat,
es patrimonio de los privilegiados.
Cuando la piedad se inclina para dar la limosna,
sólo siente desprecio;
y finge conmoverse para exaltar de ese modo su riqueza;
y la limosna, para el mendigo,
no es más que una patada en el trasero.

(Un acorde de laúd)

Así pues, Marat, nada de tener sentimientos mezquinos;
yo sé que tu objetivo es otro;
para ti y para mí

sólo existen los límites de lo extremo o más allá de todo límite.

Marat.—
Caso de ser extremos, como dices, los míos
serían muy distintos de los tuyos.
Al silencio de la Naturaleza,
opongo yo mi acción.
En la indiferencia universal
hago surgir un sentido. En vez de ser
un apático testigo, yo intervengo
y digo que hay cosas que son falsas
y trabajo por corregirlas, por cambiarlas hoy mismo.
Lo que se necesita
es alzarse de tierra por los pelos;
es volverse al revés como los guantes
y mirar, y mirar con ojos nuevos todo.

13 La liturgia de Marat

Los pacientes forman coro.

Marat.—
¿Durante cuánto tiempo nos han dicho
que los monarcas eran papás buenos
a la sombra de los cuales vivíamos en paz
y nos cantaban sus hazañas
poetas mercenarios
y los buenos padres de familia ponían todo su corazón
en enseñar esta lección a su progenie?

El coro.—
(Como eco al parlamento de Marat)
Los monarcas son, hijos míos, papás buenos
a la sombra de los cuales gozamos de esta paz.
Los monarcas son, hijos míos, papás buenos
a la sombra de los cuales gozamos de esta paz.

Marat.—
Y los niños empollaban esta lección y la creían
como se cree
aquello que machaconamente se os dice día a día,
y los curas os decían también:

(El coro acompaña)

Nuestra misericordia abarca a todos los hombres
sin distinción
ningún príncipe, ninguna frontera nos separa,
somos un solo pueblo, somos hermanos todos.

(Solo)

Y los curas eran testigos de la injusticia
y se callaban y proclamaban:

(El coro acompaña)

Nuestro reino no es de este mundo,
este mundo no es más que un lugar de peregrinaje,
tengamos el espíritu de la dulzura y la paciencia.

(Solo)

Y se embolsaban así los últimos céntimos que tenían
los que no tenían nada
y se lo pasaban de maravilla rodeados de dineros
y se atracaban y bebían en compañía de los príncipes
y a los que tenían hambre les decían:

(Acompañamiento del coro)

Sufrid
sufrid como Él sufrió en la cruz
porque lo quiere Dios.

(Empieza una pantomima. Pacientes y los cuatro cantores se mueven hacia el primer término. Sus atavíos evocan los de los dignatarios de la Iglesia.

Cucurucu lleva una cruz hecha con escobas entrecruzadas y arrastra a Kokol por medio de una cuerda al cuello.

Polpoch balancea un cubo como si fuera un incensario. La Rosiñol pasa las cuentas de un rosario)

(Solo)

Y aquello que os machacan todos los días
se acaba por creerlo
de modo que los muertos de hambre se contentaban con la imagen del crucificado, del torturado, del ensangrentado
y adoraban la imagen de su angustia
y los curas decían:

(Acompañamiento del coro. Las letanías de las religiosas suben al unísono)

Elevad vuestras manos hacia el cielo
y soportad en silencio vuestro mal
y rogad a Dios por vuestros verdugos
porque vuestras únicas armas son la bendición y la plegaria
si queréis tener un día un puesto en el paraíso.

(Solo)

Así los mantenían en su ignorancia
por miedo a que se rebelaran contra sus amos,
contra los que reinaban sobre ellos
so pretexto de Dios y de su Cielo.

El coro.—
Amén.

Coulmier.—

(Levantándose y cortando el amén)

Señor de Sade
protesto contra este modo de hacer.
Estábamos de acuerdo en censurar este pasaje.
A qué viene todo esto
ahora que nuestro Emperador se ha rodeado de dignatarios eclesiásticos
y que todo el mundo está viendo día a día
lo necesitado que está el pueblo de los consuelos de la Iglesia.
¿Pero además por qué hablar ahora de opresión?

Por el contrario todo lo que se hace es para consolar las penas,
colectas de ropas, sopas populares, socorro médico
y nosotros mismos en sitios como éste vamos mejor
no sólo por las buenas mercedes de nuestro príncipe
sino más aún por el favor y por la comprensión
de nuestros padres espirituales.

El pregonero.—

(Levanta su batuta)

Si alguien entre el público se había escandalizado
le rogamos que no se ofenda
y que tenga a bien considerar
que este espectáculo trata de un pasado
en el que todo era muy diferente que hoy.
Hoy vivimos naturalmente en el temor de Dios.

14 Lamentable intermedio

Desde el fondo del escenario, un enfermo que se ha puesto de mala manera una estola, entra en crisis y avanza dando saltos sobre sus rodillas.

Enfermo.—

(Tartajeando precipitadamente)

Rezadle,
adoradle.
Satanás que estás en los infiernos,
venga a nos el tu reino,
hágase tu voluntad

así en la tierra como en el infierno.
Perdónanos nuestra inocencia,
líbranos del bien
y déjanos
déjanos caer en la tentación
por los siglos de los siglos
amén.

(Coulmier ha dado un salto. Unos enfermeros se arrojan sobre el enfermo, lo atan y lo arrastran al fondo. Lo duchan)

El pregonero.—

(Agita una carraca)

Incidentes como éste son inevitables
Destacan en lugares como éste del curso normal de los acontecimientos.
Pensemos con respeto y temor, señores,
que ese hombre del fondo
al que se está llevando a más sanas concepciones
fue en su tiempo un gran predicador
y prior de un célebre convento.
Sepamos ver ahí, oh señores, un signo del misterio,
del misterio insondable del cielo y de la tierra.

(Sacude su carraca a modo de conclusión. Coulmier se sienta. Los pacientes se retiran y van a tumbarse a sus bancos, bajo la vigilancia de los enfermeros y las religiosas)

15 Continuación del coloquio entre Marat y Sade

Sade.—
Para distinguir lo falso de lo justo
necesitamos antes conocernos y yo no me conozco.
Si pienso alguna vez que he descubierto algo,
en seguida lo dudo
y por fin sin piedad tengo que destruirlo.
Lo que hacemos nosotros es tan sólo el fantasma
de aquello que queremos;
nadie puede acceder a otras verdades
que a las cambiantes verdades de la propia experiencia.
Yo no sé
si yo soy el verdugo o si el ejecutado.
Invento las más espantosas de todas las torturas
y cuando aquí las imagino (por la cabeza)
yo soy el que las sufre.
Yo soy capaz de todo y todo me llena de terrores.
También a mí me ocurre lo que a otros: que, de repente,
se desfiguran hasta no ser posible
reconocerlos
y se ven empujados a acciones gratuitas.
Hace unos días vi a un sastre, que es el mío,
y que es hombre bondadoso y amante de la música,
al que le gusta mucho filosofar conmigo;
lo vi, digo, echar grandes espumas por la boca,
blasfemando y gritando,
y golpear con un garrote a uno;

y a éste le vi destrozar por completo a otro hombre
gigantesco y armado,
y después, abocado sobre el pecho abierto del cadáver
arrancarle el corazón aún palpitante y devorarlo.

Un paciente.—

(Saltando rápido)

Un animal demente, eso es el hombre.
En mi vida de miles de años yo
he participado en millones de asesinatos.
Por todas partes la tierra está abonada
con una espesa capa de estiércol o basura
formada por una masa enorme de vísceras humanas.
Nosotros, los pocos que vivimos,
caminamos sobre este lodo movedizo de cadáveres.
Por todas partes y bajo nuestros pies,
a cada paso que damos pisoteamos unos restos mortales
yacentes en su putrefacción, cenizas y cabellos
enmarañados,
dientes arrancados, cráneos hendidos.
Un animal demente,
un animal demente, eso soy yo.
(Sade ha ido hacia él y se lo lleva, tratando de tranquilizarlo, al foro. Pero el
paciente grita:)
¡Ninguna jaula sirve,
ninguna cadena es suficiente!

¡Yo me sigo moviendo así hacia afuera
bajo todos los muros, por las alcantarillas!
¡Esto no ha terminado!
¡Tengo mis planes!

(Marat no recuerda su entrada.

El pregonero le apunta)

Pregonero.—
¡Ah! Este picor, este picor.

Marat.—
¡Ah! Este picor, este picor.

(Duda)

Pregonero.–

(Le apunta)

La fiebre.

Marat.—
La fiebre me taladra el cráneo,
la piel me quema y hierve.
Simona,
Simona, moja la toalla en vinagre.
Refréscame la frente.

(Simona acude presurosa y procede a sus manipulaciones)

Sade.—
Yo sé

que ahora darías la gloria y el sufragio del pueblo
por unos pocos días de respiro.
Estás ahí, en tu bañera,
como en el licor rosa de la matriz materna.
Te bañas encogido como un feto
en tu visión del mundo
que ya no tiene nada que ver con los hechos reales.
Tú quisiste mezclarte con la realidad
y ella te ha arrinconado.
Mientras, yo he renunciado a ocuparme de ella.
Mi vida consiste en mis fantasmas.
La Revolución
no me interesa ya.

Marat.—
Es falso, Sade, es falso. La efervescencia
del pensamiento jamás ha abierto brecha
en ninguna muralla.
No será con tu pluma con lo que romperás
los órdenes reinantes.
Sea cual sea la idea que se tenga
de las cosas que vienen, es lo cierto
que ellas no toman cuerpo sino por los procedimientos de la acción.
Estamos tan intoxicados de ideas
transmitidas a lo largo de las generaciones
que ni siquiera los mejores entre nosotros llegan a liberarse de ellas.
Hemos
inventado la Revolución y no sabemos todavía

cómo servirnos de ella.
La Convención jamás será otra cosa que una suma de gentes
conducidas, cada una, por su propia ambición.
Todos quieren salvar alguna cosa del pasado;
éste sus cuadros, aquél su amante, aquél
sus molinos y aquél sus arsenales
y aquél su ejército y aquél, en fin, su rey.
Mirad si vamos avanzando:
añadamos a los verdaderos derechos del hombre
el sagrado derecho de enriquecerse
y veréis qué bien vamos.
En nombre de la libertad y la igualdad veréis que todo el mundo
lucha fraternalmente y con las mismas armas,
haciendo cada uno su papelito de Creso, enriqueciéndose,
y así el hombre contra el hombre y el grupo contra el grupo
en una alegre y mutua explotación.

(De uno en uno, algunos enfermos van levantándose y avanzan. Los cuatro cantores se preparan a actuar)

¡Y ya está!; todo empieza a desarrollarse;
el comercio florece y la industria prospera
y da un salto inaudito,
y en tanto que nosotros nunca habremos estado
más lejos de lo nuestro
a la mirada de los otros

(Indica a la sala con un gesto)

la Revolución habrá triunfado.

16 Reacción del pueblo

Los cuatro cantores.—

(Sobre fondo musical)

Mientras ellos tienen
mucho dinero
nosotros ilusiones
con agujeros.
Es una pena:
sólo ellos se divierten
en la verbena.

Kokol.—
Yo vivo en un agujero.
No puedo hacerme ilusiones.

Polpoch.—
Pues yo tengo un agujero
desde el bazo a los riñones.

La Rosiñol.—

(Mostrando sus pantalones rotos)

En hablando de agujeros
yo tengo estos pantalones.

Los cuatro cantores y el coro.—
Marat, ¿qué están haciendo con la Revolución?
Lo que ocurre nos causa malísima impresión.
Nosotros somos pobres; no nos dan ocasión.

No esperes a mañana, dice nuestra canción.

El pregonero.—

(Se adelanta blandiendo el puntero. Para la música. Los cuatro cantores y el coro se retiran)

Distinguido público, tanto en lo ya escuchado como en lo que ahora
[escuchares
considera la irreflexión y la tontería populares;
la desgracia los sigue, los hunde y los inunda
porque nunca comprenden la situación profunda.
En vez de tanta prisa y tan poca cabeza
en tiempos tan difíciles es una gran certeza
que es mejor trabajar, callar y dar confianza
a quienes sacrifican lo suyo por la Francia.
Somos igual que ustedes, señoras y señores.
También nos gustaría que la gente se uniera
como un ramo de flores
en una primavera.

(Duperret y las religiosas se afanan alrededor de Carlota Corday, que no puede despertarse. La ponen en pie, la sostienen e intentan ponerla en movimiento)

17 Primer diálogo entre Carlota Corday y Duperret

Carlota Corday es conducida por las dos hermanas que la sostienen por debajo de los brazos. Duperret las sigue sosteniéndola por la espalda.

El pregonero.—

(Toca varias veces, de un lado a otro, una flauta o un pito de afilador)

En honor de las conveniencias y de los nobles sentimientos
el autor tiene el gusto de mostrarles ahora
a la bella y audaz Carlota en los momentos…

(Se vuelve con inquietud y hace un gesto de alivio. Señala a Carlota Corday)

…en que habla con Duperret que la asesora.

(Carlota Corday se pone de pie y se adelanta. Duperret avanza a su lado. Las hermanas se ponen detrás de ella. Ceremonial de saludo entre Carlota Corday y Duperret)

En Caen donde vivió la joven enclaustrada
por sus grandes virtudes era muy alabada;
allí recomendaron a esta persona honrada (por Duperret)
para que ella estuviera muy bien aconsejada.

(Duperret se aprovecha de la escena para acariciar a Carlota Corday)

Pregonero.—

(A Duperret)

No abuses del papel,
que es un amor platónico.

(Da la señal a la orquesta con el puntero. Carlota Corday se mantiene allí, con los ojos cerrados y la cabeza hacia atrás. La orquesta toca el tema de Carlota Corday. El pregonero se coloca cerca de ella para vigilarla)

Corday.—

(Con los ojos cerrados)

¡Ah! Querido Duperret...

(Duda, vuelve a empezar en un estilo recitativo)

¡Ah! Querido Duperret, ¿qué hacer, qué hacer?
¿Cómo tanta desgracia se podrá resolver?

(Abre los ojos)

Por las calles circula el terrible rumor
de que nombran...

(Duda. Duperret le acaricia con cuidado las caderas y la espalda)

...de que nombran a Marat tribuno y dictador.
El embustero dice, y quiere hacernos creer,
que el terror será breve. ¿A quién va a convencer?
Pues todos conocemos su objetivo final
el cual es la anarquía, la confusión total.

(Vuelve a ensimismarse, a quedar postrada)

Duperret.—

(Teniendo a Carlota Corday en sus brazos, en el mismo estilo recitativo pero con pasión)

Dulce Carlota, vuelve, vuelve
al círculo piadoso de tus buenas amigas,
vuelve a tu vida retirada,
vuelve a tus oraciones.

Nada puedes tú hacer
contra todo ese mundo.

(Una de las hermanas de guardia se acerca a Duperret y le retira la mano con la que iba a acariciar el pecho de Carlota Corday. Ésta sigue como ausente y no se mueve)

Hablas tú de Marat, pero, ¿quién es Marat?
Un don nadie venido
de Córcega o, perdón, de Cerdeña
(quién sabe si judío),
y además, ¿quién le escucha
a no ser la canalla, el populacho callejero?
Ese Marat no es peligroso,
no
es
nada
peligroso.

(Con estas palabras ha puesto sus manos en Carlota Corday y le palpa las caderas)

Corday.—

(De pronto lúcida y enérgica)

Querido Duperret, lo que haces es probarme
pero yo sé muy bien lo que tengo que hacer.

(Intenta liberarse del abrazo de Duperret.
Las dos hermanas intervienen y separan las manos de Duperret)

Tú vuélvete a Caen;
Allí el buen Barbaroux y el excelente Buzot te necesitan.
Márchate hoy mismo; huye;
no esperes a la noche o ya será demasiado tarde.

Duperret.—

(Con pasión, en el mismo estilo recitativo)

Carlota querida, mi puesto está aquí.

(Cae de rodillas y enlaza sus piernas)

¿Cómo irme de aquí donde sé que tú estás?
Carlota querida, mi puesto está aquí,

(No puede más y su abrazo se hace más violento. El pregonero lo castiga con el puntero y golpea en seguida el suelo)

Pregonero.—

(Le apunta)

¿Y por qué habría de marcharme?

Duperret.—
¿Y por qué habría de marcharme
cuando el final está tan próximo?

(Acaricia violentamente a Carlota Corday)

Los ingleses
ya están ante Tolón
y ante Dunquerque.
Los prusianos...

Pregonero.—

(Le corrige)

Los españoles.

Duperret.—
Los españoles han ocupado el Rosellón.
París...

Pregonero.—

(Le corrige)

Mayence.

Duperret.—
Mayence está cercada por prusianos.
Condé y Valenciennes tomadas por ingleses.

Pregonero.—

(Corrige)

Por austríacos.

Duperret.—
Por austríacos.
La Vendée se subleva.

(Muy inflamado, acariciando violentamente a Carlota Corday)

No podrán aguantar mucho tiempo
esos advenedizos y fanáticos
sin talla y sin cultura.

No, Carlota, me quedo...

(Se aprieta contra ella, con la cabeza pegada a sus piernas)

y esperaré aquí el día
en que podamos otra vez
decir esta palabra: Libertad

(Se incorpora y, enlazando a Carlota Corday, intenta besarla. Carlota Corday se desembaraza de él. Las dos hermanas acuden en su ayuda. Rechazan a Duperret sin miramientos y llevan a Carlota Corday a su banco. Termina la música)

18 Sade se ríe de todas las naciones

Sade.—

(Interpelando a Marat, desde su sitio)

Ya los oyes, Marat.
Todos desean el bien de Francia.
Todos son a cuál más patriotas.
Cultivados o incultos, ellos están dispuestos
a sacrificarse por el honor de su país.
Radicales o moderados, todos desean
el olor de la sangre.

(Se levanta)

Condenamos, decapitamos, y a eso le decimos justicia,
mientras los otros cuentan con nuestras divergencias
y así acechan el día

en que vuelvan los bellos señoritos,
que tan bien saben sentarse en las mesas de las negociaciones
y los príncipes de Europa respirarán tranquilos.
Mas tanto unos como otros,
los violentos y tibios,
creen en la grandeza inmarcesible de su Francia.
Marat,
¿tú ves la aberración que hay en el amor que dicen a la Patria?
Yo te lo digo ahora:
hace ya mucho que me desprendí de ese heroísmo,
y yo me río de esta nación
como me río de todas las naciones.

(Silbidos al foro)

Coulmier.—

(Interviene, amenazando con el índice)

Cuidado.

Un enfermo.—

(Al foro)

¡Viva Napoleón! ¡Viva la Nación!

(Risas estridentes al foro)

Kokol.—

(Al foro)

¡Vivan todos los emperadores y los reyes!

(El tumulto estalla al fondo)

Polpoch.—
¡Viva la sopa de coles y la camisa de fuerza!

La Rosiñol.—
¡Viva Marat!

Sade.—

(Gritando en el tumulto)

Yo me río de esos movimientos de masas
que dan vueltas en círculo.

(Silbidos estridentes al foro. Un paciente se pone, frenéticamente, a describir un círculo. Le siguen otro y un tercero. Los enfermeros corren detrás de ellos)

Yo me río de todas las buenas intenciones
que acaban en un callejón y no tienen salida.
Me río de los sacrificios
sea cual sea su causa.
Sólo creo en mí mismo.

Marat.—

(Tomando violentamente a Sade por su cuenta)

Yo sólo creo en esta causa;
ésta que tú traicionas.
Hemos echado a los canallas que se nutrían de nosotros.
A no pocos los hemos puesto definitivamente fuera

de toda posibilidad de fastidiarnos.
Otros no pocos, sin embargo, lograron escapar
y muchos de los que combatieron a nuestro mismo lado
ahora tontean con las viejas y decrépitas glorias.
Ya está claro para muchos hoy día
que en la Revolución sólo se trata
de los intereses de comerciantes y tenderos.
La burguesía,
nueva clase triunfante;
y allá debajo el pueblo
frustrado como siempre.

Los cuatro cantores.—

(Con acompañamiento musical)

Ahora los nuevos ricos
se beben los barriles
de los curas.
Los grandes que eran chicos
se portan más cerriles,
caraduras.
Apalean dineros
y nosotros ayunos,
privaciones.
Se forran de corderos
y son a medias tunos y ladrones.
Los ricos lloran por sus palacios requisados;
también somos los pobres

pobres perjudicados.

19 Jacques Roux hace agitación (Primera parte)

Al foro, Roux salta encima de un banco.

Roux.—
¡A las armas,
arrancadles todo lo que os deben!
¡Si no aprovecháis este momento
tendréis que esperar un siglo más
mientras los otros se montan su negocio!

(Los pacientes se acercan por todas partes a Roux)

Os desprecian, sabedlo,
a vosotros que no os habéis podido pagar jamás el lujo
de aprender a leer y a escribir.
Para lo gordo de la Revolución, ah, para eso, sí,
para eso valéis mucho;
pero vuestro sudor, ya lo sabéis, apesta
y ahora se tapan las narices.
Vuestro sitio está abajo,
allá muy lejos,
donde no tengan que veros ni miraros,
allí tenéis derecho,
en vuestra incultura y en vuestra suciedad,
a colaborar en el advenimiento de una nueva era,
¡una vez más para el trabajo gordo!

mientras que allá en lo alto sus poetas cantarán el dinamismo vital
encubriendo sus pequeños tráficos con todos
los refinamientos del arte y el refinado lujo.
¡Levantaos,
enderezaos ante ellos,
enseñadles
cuántos y cuántos, cuántos sois!

(Dos hermanas cogen a Roux por detrás y lo hacen bajar del banco)

Coulmier.—

(Sobresaltado. Prosa)

No, no puedo dejar que se digan cosas semejantes. Precisamente nosotros somos los ciudadanos de esa época nueva... y los artesanos del desarrollo. Así, pues...

Sra. Coulmier.—
Esto es subversión. Esto es intolerable.

El pregonero.—

(Con un silbato da un pitido estridente)

Escucharon al cura Jacobo Roux que con pasión
inventa, así de pronto, la nueva religión.
Del pulpito ha bajado y con voz sin igual
manifiesta en la calle su furor pastoral.
Consigue, predicando, muy buenas conversiones;
los oyentes, pendientes, escuchan sus razones.
Su sistema es cambiar los prados celestiales

con rápidas palabras en cielos terrenales.
Aquí habrá un paraíso; por aquí deben ir
y trabajando mucho lo nuevo conseguir.
Sólo que él aún no sabe cómo poder llegar;
ya que es duro el trabajo y fácil el hablar.
Y él sigue de este modo haciendo profecías
ante estos que trabajan las noches y los días.
Ante ellos presenta a Marat como un santo
y a todos les promete su premio, tanto y tanto.
Es un crucificado, él es lo nunca visto.

(Señala a Marat)

Y así es cómo se hace o se fabrica un Cristo.

(Coulmier hace un gesto afirmativo con ¡a cabeza, tranquilizado, y se sienta. Se hace retroceder a los pacientes)

Sade.—
Ahora que, todo herido de arañazos,
hinchado,
yaces en esa bañera que es tu mundo
sigues creyendo aún que la justicia es realizable,
que todos pueden ser gobernados de la misma manera.
Hoy vosotros ponéis la marca negra
en uno y en seguida
le arrebatáis lo que posee para distribuirlo
entre otros, los cuales
especulan con esa riqueza arrebatada
con tal de acrecentarla
exactamente igual que los que antaño la tenían

y de un modo o de otro
arrebatan su pan otra vez a millones.
Y tú sigues creyendo
que las gentes actúan lo mismo en todas partes
y que ya nadie quiere disputar con los otros,
lo cual es una letra de canción.

(Sigue, acompañado por el laúd y por la pantomima de los cuatro cantores, en la que se representa que todo lo que Sade nombra sólo va en beneficio del que puede comprarlo)

El uno es conocido como el tahonero que mejor hace bollos,
el otro es un artista de los tirabuzones.
El uno hace aguardiente renombrado
y nadie talla los diamantes como ese otro.
Este te da masaje con sin igual habilidad
y aquel, cómo cocina refinados manjares...
Hay uno que cultiva las rosas más extrañas
y aquel otro te corta perfectos pantalones.
Uno maneja el hacha como nadie en su barrio
y ésta tiene unas piernas adorables.

(Pausa)

¿Crees tú que los harías más dichosos
si no les dejáramos llegar donde desean
dándoles con la igualdad en las narices?
¿Crees que habría progreso
si todo el mundo fuera un pequeño eslabón
en una gran cadena?

¿Sigues creyendo aún que sea posible
el aunar a los hombres
ahora que ya advertiste cómo los pocos
que quisieron andar unidos lo que hacen es andar
a la greña los unos con los otros
y por cualquier minucia
en enemigos mortales se convierten?

Marat.—

(Se incorpora)

Es que no son minucias.
Es un principio el que está en juego;
y forma parte del curso de la Revolución
el que los tibios y meros simpatizantes sean eliminados.
Para nosotros sólo hay destrucción cuando es hasta el cimiento,
aunque esto espante a aquellos
acomodados en su mullido bienestar
y que se cubren con la protectora capa de su Ética.
Escuchad, escuchad
aquí por las paredes
cómo ellos cuchichean, cómo intrigan;
miradlos cómo acechan
por todas partes esperando
su oportunidad de destruirnos.
Los cuatro cantores.—

(Sucesivamente, con acompañamiento musical)

¿Qué es lo que pasa aquí?
Yo soy un buen francés

y quisiera saber lo antes posible
quién me da este revés.
Alguien dijo una vez:
se acabó la tortura.
Pero a lo que parece
la cosa sigue dura.
El rey se fue y los curas
quedaron a la altura del betún.
Los nobles, en chirona.
¿Qué esperamos aún?

20 Jacques Roux hace agitación (Segunda Parte)

Roux salta hacia delante.

Roux.—
Nosotros exigimos
que se abran los graneros para aliviar el hambre.
Nosotros exigimos
que talleres y fábricas pasen a ser de nuestro pueblo.

(Los pacientes y los cuatro cantores se adelantan y rodean a Roux; Coulmier gesticula con las manos y protesta)

Nosotros exigimos
la movilización inmediata de todo ciudadano
para ponerle fin a esta maldita guerra
que sirve de tapadera a la especulación

y que excita toda sed de conquista vituperablemente.

(Coulmier acude desde su tribuna hasta Sade; le habla enérgicamente, pero Sade no reacciona)

Nosotros exigimos
que los que desencadenaron esta guerra
soporten directamente los gastos que comporta.
De una vez por todas
es preciso que hasta la simple idea de una guerra
o de un ejército glorioso
sea borrada del espíritu.
Ni en una ni otra parte, se cubre alguien de gloria.
En una y otra parte sólo hay
como un terror fanatizado
y un único deseo:
no pudrirse debajo de la tierra
sino andar por encima
sin piernas de madera, a ser posible.

Coulmier.—

(Interviene)

Eso es derrotismo.

La Sra. Coulmier.—
Tenemos necesidad de nuestro ejército.

Coulmier.—

(Volviéndose violentamente hacia Sade)

Esta escena estaba censurada.

Sade.—

(Exclama, sin hacer caso de la observación de Coulmier)

Bravo, Jacobo Roux.
Tus hábitos monacales me parecen muy bien
pues lo mejor ahora
es estar preparado para ocultarse
y en el momento oportuno volver a aparecer
y esconderse otra vez cuando ello sea conveniente.
Tu sotana, Jacobo Roux,
es muy útil para estos mimetismos.

(Roux es dominado y arrastrado por dos hermanas. Duperret aprovecha la oportunidad para hacer caricias a Carlota Corday. Ella permanece pasiva.

Los pacientes se adelantan, inquietos)

Roux.—

(Mientras lo atan a un banco)

Marat, ya llegó tu momento.
Marat, muéstrate al pueblo.
Es a ti a quién esperan
pues la Revolución
sólo dura un instante
como el rayo que cae
y lo consume todo
en una luz deslumbradora.

(Roux se endereza de un salto, con el banco sujeto a la espalda. Lo redu-
cen
violentamente. Los pacientes son rechazados)

21 Sade bajo el látigo

Sade.—

(Se adelanta lentamente hasta la plataforma y habla sin preocuparse del tumulto)

Te llevan una hora, o todo un día, y luego
te han de dejar caer.
Marat,
te necesitan hoy porque sufres por ellos
y tus cenizas alcanzarán la gloria del Panteón
pero mañana volverán y dispersarán esas cenizas
y la gente dirá:
¿Marat? ¿Quién era ese Marat?
Marat, ahora voy a decirte yo
lo que pienso de esta Revolución, la cual yo mismo
he contribuido a desencadenar.
(Al foro, de nuevo hay silencio)
Cuando yo estaba preso en la Bastilla
ya había redactado mis tesis.
Me las había arrancado
a fuerza de flagelaciones
por odio de mí mismo
y de los límites de mi propio pensamiento.
Allá en el calabozo, a mí me aparecieron

representaciones monstruosas de una clase
agonizante
cuyo genio se agotaba en procurarse a sí misma
el espectáculo de sus excesos, de sus disipaciones.
Entonces yo reconstruí hasta en sus mínimos detalles
el mecanismo de sus raras violencias
dando en mí mismo curso libre
a todo lo que en mí había de perversión y de brutalidad.
Más que un ataque contra esos moribundos
que arrastraban a su naufragio todo lo que podían agarrar
era contra mí mismo.
En una sociedad de criminales
yo desterraba el crimen del fondo de mí mismo
para explorarlo y explorar a la vez
el tiempo en que vivía.
Las máculas horribles y torturas
que yo le atribuía a mis imaginarios héroes
me las imponía a mí mismo;
y ahora
me gustaría recordarlo
y que esta gran belleza

(Señala a Carlota Corday, a la que hacen acercarse)

tan impaciente,
tomara las correas
y que me golpeara
mientras yo sigo hablando de la Revolución.

(Carlota Corday es incorporada por las hermanas. Sade le da un látigo de varias colas. Se arranca la camisa y le ofrece la espalda. Está mirando hacia la sala; Carlota Corday está detrás de él. Algunos pacientes se acercan lentamente desde el foro. Las damas en la tribuna de Coulmier se incorporan un poco para ver mejor)

Primero, yo vi en la Revolución la posibilidad
de un monstruoso exceso de venganza,
de una orgía por encima de todos mis sueños anteriores.

(Carlota Corday toma sitio, lentamente, para golpear, y descarga el látigo.
Sade se encoge más)

Pero después yo vi
estando en el tribunal...

(Latigazo.
Sade respira ruidosamente)

No ya como acusado
sino en tanto que juez
que estaba por encima de mis fuerzas
enviar a los presos al verdugo.

(Latigazo)

Hice todo lo posible por absolverlos o por que se escaparan.
Y vi que era incapaz de cualquier crimen.

(Latigazo.
Su respiración es asmática)

Aunque el crimen

fuera el único acto
con el que probar yo mismo mi existencia.
Y he aquí

(Latigazo.
Sade gime)

que ante la gran ocasión que se me presentaba
la náusea se apoderaba de mí.

(Carlota Corday se detiene; respira con dificultad)

En septiembre, con las depuraciones,
en el convento carmelita
tuve que agacharme en el patio
y vomitar.

(Cae de rodillas)

Cuando vi que mis profecías se realizaban

(Carlota Corday está plantada encima de él, con las piernas separadas)

y que corrían las mujeres
con las manos ensangrentadas
portadoras de los sexos cortados de los hombres...

(Latigazo.
Sade se inclina hacia delante)

y en los meses siguientes

(Luchando contra el asma)

cuando las carretas, regularmente, llevaban al suplicio,

la cuchilla caía y se alzaba y volvía a caer

(Latigazo)

entonces aquella venganza ya no tenía ningún sentido
era una venganza mecánica

(Latigazo. Sade se encoge. Carlota Corday se endereza en toda su estatura)

que seguía su curso aburrido, inhumano,
siguiendo un modo peculiar de tecnocracia.

(Latigazo)

Y ahora, Marat,

(Latigazo.
Sade apenas puede respirar)

ahora yo veo
a dónde conduce
esta Revolución.

(Carlota Corday está sin aliento, sobre Sade, con su látigo. Las dos hermanas se adelantan y la llevan hacia el foro. Ella se deja llevar, arrastrando el látigo tras sí. Sade vuelve a hablar, con las rodillas en el suelo)

Conduce a una lenta muerte del individuo,
a una lenta extenuación en la uniformidad,
a una agonía del juicio,
al cruel reniego de uno mismo,
a una fatal sujeción al Estado,
cuya esfera, infinitamente lejana, invulnerable,
planea muy por encima de cada uno de nosotros.

Por eso yo me aparto;
y no dependo ya de nadie.
Si es que estoy condenado a perecer
por lo menos quiero arrancar a mi terrible pérdida
lo único que yo puedo arrancar con estas pocas fuerzas.
Me doy de baja en mi sección.
Y miro, y eso es todo.
Ya no estoy en el juego,
pero mirando
retengo lo que veo
y todo alrededor de mí,
todo, todo es silencio.

(Se interrumpe; respira dolorosamente)

Al desaparecer
quisiera, tras de mí,
borrar todas mis huellas.

(Recoge su camisa y se la va poniendo despacio mientras vuelve a su silla)

22 Pobre Marat, vilipendiado y perseguido

Marat.—
Simona, Simona,

(Está como ciego)

¿por qué está tan oscuro?
Ponme otro paño aquí, en la frente

y otra toalla por los hombros.
Yo ya no sé
si estoy helándome o si el calor me mata.

(Simona acude en seguida y se inclina sobre él; le pone la mano en la frente, le cambia la toalla, le hace aire)

Simona,
dile a Lebas que venga para dictarle el llamamiento
a la Nación francesa.

(Simona mueve la cabeza con espanto y se lleva con viveza la mano a la boca)

¿Dónde están mis papeles, eh, Simona?
Pero si acabo de verlos por aquí...
¿Cómo se ha hecho de pronto tan de noche?

Simona.—

(Empuja hacia él los papeles que están en la tablilla)

Si están aquí, Juan Pablo...

Marat.—
¿Y dónde está la tinta?
¿Dónde mi pluma?

Simona.—

(Enseñándole el escritorio. Su voz suena triste, melancólica)

Aquí está la pluma, Juan Pablo,
y mira aquí el tintero
en su sitio de siempre.

Era sólo una nube que pasaba
o quizás era el humo.
Están quemando los cadáveres.

(Preludio en la orquesta.
Se adelantan los cuatro cantores)

Los cuatro cantores.—

(Cantan)

Pobre Marat perseguido,
sin cesar andas huyendo;
quieren destruir tu imprenta
para evitar tus impresos,
tenemos fe en tu persona.
Con los ojos medio muertos
y oculto, por los rincones
continúas escribiendo
en tu casa rodeada
hasta que otra vez los perros
te encuentren y sea preciso
meterte en tierra de nuevo.
Pobre Marat, aún en ti
nosotros creer queremos,
pero ¿qué puedes tú hacer
en ese baño siniestro
medio asfixiado y con llagas,
todo dolor, todo fuego?
(Final de la música)

23 Segundo diálogo entre Carlota Corday y Duperret

Las hermanas y Duperret trabajan alrededor de Carlota Corday. Reúnen sus

fuerzas para levantarla. Las hermanas arreglan su vestido y le colocan bien el sombrero.

Pacientes y cantores se retiran.

El pregonero se adelanta y golpea con su puntero tres veces en el suelo.

Pregonero.—

(Da algunas pasadas a la flauta o al pito de afilador)

Aquí se han evocado escenas dolorosas.
Es hora de volver a vistas más hermosas.
Si uno arde de fiebre (por Marat) y otro aún siente dolor (por Sade) también
queda en nosotros el rastro del amor.
La vida es algo más que roña y sufrimientos;
pues existen también los bellos sentimientos.
Volvamos, pues, la vista a esta pareja amable.

(Carlota Corday ha sido conducida a la plataforma por las hermanas. Duperret

la rodea con su brazo. El pregonero la señala con el puntero)
Ella tiene el cabello cuidado y agradable.

(Señala sus cabellos)

Interesante el rostro, mortal su palidez;

y vean de su cuello la bella desnudez;
ojos claros de lágrimas y labios sensuales,

(Señala los ojos y los labios)

y él pródigo en caricias y gestos naturales...

(Señala a Duperret. Éste alza el pie de Carlota Corday y besa su zapato; después cubre de besos su pierna. Carlota Corday lo rechaza y Duperret pierde el equilibrio, cayendo pesadamente hacia atrás, pero se levanta en seguida y adopta ante Carlota Corday una cómica postura amorosa. Carlota Corday le vuelve la cara con desprecio)

mientras que la pasión su corazón agita

(Señala el corazón de Duperret)

y en él pone su mano y ya no se la quita.

(Duperret se ha puesto una mano en el corazón)

Gocemos ahora mismo de estas breves bellezas,
pues pronto de estos troncos quitarán las cabezas.

(La orquesta toca el tema de Carlota Corday. Carlota Corday trata de recordar su entrada. El pregonero le apunta)

Ha de llegar pronto ese día...

Corday.—

(En estilo recitativo)

Ha de llegar pronto ese día
en que el hombre como antes,

conseguirá la armonía
con él y sus semejantes.

(Duperret cubre de besos su mano y su brazo)

Duperret.—

(Acariciándole los cabellos, canta)

Ese día habrá un orden social

(Trata de pasar su mano debajo del traje de Carlota Corday. Ésta se defiende)

en que el hombre, con un poco de suerte,
dependerá de su ser personal
y será libre, libre hasta la muerte.

(Intenta besar a Carlota Corday en la boca. Ella lo evita)

Corday.—
Tendrá allí sus derechos cada cual
y también sus deberes y todo por igual.

Duperret.—

(Estrechando fuertemente a Carlota Corday y cubriéndola de caricias)

Se harán contratos nuevos
Fundamentales
sabiendo que los hombres
son desiguales,

(Carlota Corday se pone en arco y se separa violentamente. Duperret la persigue, sin dejar de hablar)

mas las desigualdades

(que dentro están)

en el orden supremo
se integrarán.

(Casi sin respiración)

Así los hombres torpes
o inteligentes

(Una de las hermanas sujeta a Carlota Corday y se la lleva. Le hacen adoptar una postura heroica)

serán al tiempo iguales
y diferentes.

(Lanza un suspiro de alivio. También él adopta una postura conveniente y los dos forman, al final, un cuadro amable)

24 Circulan demasiadas mentiras

Marat.—

(Se incorpora. Carlota Corday ha sido llevada por las hermanas. Duperret la sigue. Marat comienza en un tono medio:)

Circulan demasiadas mentiras sobre el Estado ideal como si hubiera

(Alza la voz)

la menor posibilidad de que los ricos
renuncien ellos mismos a sus propias riquezas.

(Baja)

Cuando, a pesar de todo, la fuerza de las cosas
los obliga a ceder alguna vez

(Alza la voz)

ellos lo hacen porque saben
que con ello ganan todavía.

(Baja, y ya sigue en un tono medio hasta la siguiente acotación)

Ahora corre el rumor
de que los trabajadores es posible que obtengan
pronto mejor salario.
¿Por qué?
Porque se espera un crecimiento de la producción
y en consecuencia
mayor número de negocios.
Y todo para ir al gran bolsillo del patrono.
No, no creáis jamás
que podéis conseguir doblarles la rodilla
por otro medio que la fuerza.

(Aquí y allá algunos pacientes se levantan y vienen lentamente hacia el medio del escenario. Quedan allí escuchando.
Carlota Corday está tendida. Duperret se inclina sobre ella)

No os dejéis engañar
si veis que nuestra Revolución ha sido ahogada
y vienen a deciros que todo va mejor,
que ya la miseria se ve menos
(y es que la han blanqueado);

si ahora ganáis algún dinero más
y podéis permitiros esto o lo otro
de todo aquello con que la producción industrial inunda los mercados.
Y si os parece que el bienestar está por fin ahí,
al alcance de vuestro mano,
sabed que todo eso no es más que la especulación
de los que, de cualquier modo, siempre tienen
mucho más que vosotros.

(Algunos pacientes y los cuatro cantores se acercan lentamente)

Nunca habéis de fiaros
de los que os den golpecitos amistosos en la espalda
y dicen que en el fondo ya no hay diferencias
y que ya no merece la pena hablar de ello
o pelearse por tan poco,

(Coulmier mira a su alrededor con inquietud)

porque entonces es que han llegado al colmo de su poder

(Se vuelve hacia el público)

en sus nuevos castillos de mármol y de acero
desde los cuales expolian todo el mundo
bajo el lema de hacer reinar en él
la civilización.

(Coulmier abandona la tribuna y se precipita sobre Sade, al que habla como instándole a algo. Sade no reacciona)

Tened mucho cuidado

porque en cuanto les plazca
os enviarán a defender su capital
por medio de la guerra.

(Sade se incorpora y calma a Coulmier)

Y sus armas son, de día en día, más destructivas
gracias al rápido progreso
de una ciencia por ellos asalariada;
y os aniquilarán en masa a todos.

Pregonero.—
Debemos apresurarnos a añadir
que aquí venimos sólo a divertir
contando cosas que precisamente
no tienen interés aquí actualmente.
Algunos pensarán si no sería
mejor que nos calláramos hoy día.
Pero se trata de mostrar qué hubiera sucedido
si el destino no nos hubiera concedido
a aquella que liquidó las profecías
liquidando al señor que las decía.
¿Que Marat discutía y había disensiones?
Se acaba con Marat y fin las discusiones.
Marat, hablando más, no era agradable.
Aquí está la Corday para impedir que hable.

(Señala a Carlota Corday que, mientras tanto, ha sido arreglada por las hermanas y es conducida hacia la plataforma. Coulmier, tranquilizado, vuelve a su sitio)

25 Segunda visita de carlota corday

Carlota Corday tiene la mano alzada como dispuesta a asestar un golpe.

Detrás de ella están las hermanas, dispuestas a sostenerla. El pregonero hace
una señal a Carlota Corday con el bastón. Ella baja la mano, como golpeando, y el pregonero da tres golpes en el suelo con el puntero.

Corday.—

(En voz muy baja)

He venido a entregar esta carta

(Saca una carta del pecho)

en la que pido una vez más
ser recibida por Marat.

(Vacila y por fin dice casi de carrerilla)

Soy desgraciada
y creo que tengo derecho a recibir su ayuda.

(Le tiende la carta. Simona, confusa, da un paso hacia Carlota Corday, pero vuelve a la bañera y cambia una vez más la toalla a Marat)

Corday.—

(Vuelve a decirlo más alto)

Y creo que tengo derecho a recibir su ayuda.

(Agita la mano con insistencia. Simona se agita nerviosamente, entre Marat y Carlota Corday, sin saber qué hacer. Por fin, acude precipitadamente a Carlota Corday y le arranca la carta)

Marat.—
¿Eh, quién era, Simona?

(De nuevo Simona va y viene entre Carlota Corday y Marat, en una gran confusión)

Pregonero.—

(Le apunta)

Una joven de Caen con una carta,
una solicitante.

(Carlota Corday está allí, como hundida en sí misma. Duperret se levanta y, desde detrás, la rodea con su brazo. Las dos hermanas vienen en su ayuda. Vuelven a llevar a Carlota Corday a su banco)

Simona.—

(Confusa y furiosa)

No dejo entrar a nadie.
No traen más que desgracias
a fuerza de quejarse.
Como si no tuvieras
otra cosa que hacer
que servirles de médico,
confesor o abogado
en fallidos negocios,

intrigas familiares,
conyugales conflictos...

(Simona rompe la carta y se guarda los pedazos en el delantal. Pone a Marat una toalla fresca sobre ¡os hombros)

Sade.—

(Avanza y se aposta ante la bañera. Acompañamiento musical)

Ya ves, Marat,
lo que es, para ellos, la Revolución.
Ahora les duele un diente
y quieren que se lo extraigan.
A éstos se les pegó la sopa
y quisieran otra sopa mejor en su cazuela.
A aquélla le parece que su marido es débil
quisiera otro más fuerte.
Hay uno al que los zapatos le hacen sufrir muchísimo
mientras el vecino los tiene muy holgados.
A ese poeta no se le ocurren buenas rimas;
¿dónde encontrar la inspiración?
El pescador espera un pez desde hace horas;
¿por qué ninguno pica?
Y así vienen a la Revolución
con la esperanza de que ella les procure todo eso,
el pescado,
los zapatos,
la inspiración,
un hombre nuevo,

una mujer nueva;
y asaltan todas las bastillas
y ahí los tienes de nuevo como antes,
sopa pegada,
versos que no salen,
en la cama el mismo colaborador
oliendo como antes;
y todo el heroísmo
que nos hizo descender al fango
podemos colgarlo en algún sitio
si es que nos queda un clavo.

(La música adquiere ahora un carácter trágico)

Los cuatro cantores.—
(Se ponen en posición)
Pobre Marat, ¿de qué sirve
estudiar toda la vida?
Con la fiebre que tú tienes,
¿qué vale la medicina?
¿Qué se ha hecho, buen Marat,
de toda tu ciencia física?
Pobre Marat, entre muros
y acosado por la vida,
ahora dime: ¿en tu agujero
te queda alguna teoría
del sistema universal
o tu ciencia está perdida?
¿Es que aún te queda memoria

en tu bañera maldita?

(Marat, fatigado, apoya la cabeza sobre la tablilla de escribir)

¿Podrás desvelar el sentido del mundo
con una fiebre tan enorme?
¿Podrías dar ahora un nombre a eso
que nos huye en la noche?
(La música es ahora como un trueno dramático. Marat delira con la fiebre.
Simona le toca la frente, lo abanica y le cambia el paño)

26 Las visiones de marat

Todo el espacio de la escena vibra con un fragor de truenos. El grupo de los mimos entra en escena con la carreta, tirada ahora por un hombre y una mujer que figuran los padres de Marat. Los personajes de la carreta figuran representantes de la ciencia y de los nuevos ricos. Los figurantes están cubiertos de condecoraciones y con insignias rudimentarias. Sus disfraces son de lo más grotesco.

Marat.—

(Se yergue en toda su estatura)

Ahí están.
Cuidado.
Mirad
esta galería de fantoches
este gabinete de grandes sacerdotes,
de dignatarios y falsos monederos.

Atención y cuidado,
ya se ponen
a edificar el nuevo imperio.
Francia,
ésa es la consigna,
y la grandeza de Francia,
y ante esta grandeza
todos seréis pequeños y tendréis que arrastraros.
Atención,
aquí están,
sí,
os oigo,
os veo, ¡estáis ahí!

(La tempestad está en su apogeo)

El Pregonero.—

(Golpea el suelo con el puntero)

Escuchemos ahora, señoras y señores,
lo que van a contar estos actores

(Señala a los figurantes)

sobre Marat al cual poco le queda
para morir de la peor manera.

(Señala a Marat)

Lo primero, el maestro del pueblo encantador

(Señala al que hace de maestro)

donde primero vio la luz del sol.

(Señala a Marat)

El maestro.—

(Canta con voz de falsete)

Cuando era niño, Marat,
ya excitaba a grandes gritos,
para que se pelearan,
a todos los otros niños.
Con los sables de madera
algunos eran heridos.
La sangre corría ya (gritos al foro)
y él estaba tan tranquilo.
Cuando hacían prisioneros
los ataban a un banquillo;
sin piedad los torturaban.
Lo digo porque lo he visto.
(Por qué hacían todo aquello,
los mayores no sabíamos.)

Pregonero.—

(Señala a la que hace de madre)

Escuchemos ahora qué dice esta mujer
que sabrá lo que dice mejor que otra cualquiera
pues sepan ahora mismo que ella fue la primera
que olfateó al reptil pues de ella fue a nacer.

La madre.—

(Canta con voz chillona)

Rechazaba los alimentos,
no hacía nada en todo el día.
Rompimos palos en su espalda
y, en vez de hablar, nada decía.

(Risa estridente. Del foro llegan risas y el eco de palos)

Lo encerrábamos en el sótano,
¡pero nada que hacer!
Por mucho que yo lo intentaba,
¡no podía con él!

(Se echa a reír otra vez)

El padre.—

(Se adelanta bruscamente con una voz quebrada)

Cuando yo le mordía, él también me mordía.
Cuando quise colgarlo me dio fuertes patadas
y cuando le escupía
se quedaba muy frío y me miraba.

(Estalla en una carcajada chillona)

Marat.—
Sí,
os veo,
odiado padre, odiada madre.

(Los dos personajes se ponen en cuclillas; todavía sacudidos por la risa. Se balancean para adelante y para atrás como si estuvieran en una barca)

¿Qué hacéis en esa barca?
Os veo,
os oigo.
¿Por qué os reís tan espantosamente?

(Los dos personajes continúan balanceándose frente a frente, pero la risa se

apaga)

Simona.—

(Se acerca a la bañera)

Tienes mucha fiebre, Juan Pablo.
Juan Pablo, deja de escribir.
Si no te tranquilizas un poco
siento que pronto has de morir.
Déjame, por favor, que te cambie.
Todo esto cómo me hace sufrir.

Marat.—
No, no tengo fiebre
y hoy veo claramente
qué clase de marionetas eran ésos
desde un principio.

El maestro.—

(Se adelanta bruscamente)

Este bocazas que aquí veis
a la edad de cinco años ya gritaba:
lo que hace el maestro yo también puedo hacerlo
y yo sé más que él;
a los quince años yo habré con-con-conquistado las Universidades
y venceré a todos los pro-
los profesores
y a los veinte tendré ya a todas las eminencias del espíritu
a mis pies.
Eso es lo que gritaba
y lo que digo es tan ver-verdad como que estoy,
co-como que estoy aquí.

(Blande su puntero de la escuela)

Marat.—
Simona, ¿dónde están
mis viejos manuscritos,
las Aventuras de Potovsky,
las Cartas de Polonia
y mi panfleto sobre las cadenas
de la esclavitud?

Simona.—

(Intentando disuadirlo)

Déjate ahora de eso;
te estás matando. Cuídate.

Marat.—

(Se yergue)

Quiero verlos ahora.
Búscalos. Tráemelos.

El maestro.—
Los engendros de un triste plagiario,
pensamientos cogidos de aquí y de allá,
verborrea en grandes tiradas
y nada más.

El representante del ejército.—
Una de sus obras
fue publicada
con el nombre de un conde
en la portada;
y otra después
con el nombre de un príncipe,
lo cual no es.
Deseoso de títulos
Aristocráticos
adulaba a los príncipes
y catedráticos.
En su perfidia
ahora está contra ellos
por pura envidia.

El representante de la ciencia.—

(Con gestos y retórica de fiscal)

¿Qué hacía en Inglaterra este oscuro Marat?
¿No jugaba a ser dandy en los salones?
En cierta ocasión tuvo que huir
porque fue sorprendido en delito flagrante
de fraude y robo; y en seguida,
¿no aparece de nuevo en círculos ilustres,
hasta llegar a ser médico de cabecera
del Conde de Artois, o bien veterinario?
¿No estaban para él abiertas
las puertas más aristocráticas?
Treinta y seis libras cobraba por consulta
y gratis gozaba aún de los favores
personales
de algunas damas del más alto copete.

(La mujer y la hija de Coulmier aplauden)

El nuevo rico.—
Y cuando descubrieron
que no era más que un curandero
que hacía sus potingues con yeso y agua,
y lo arrojaron a la calle
(que era su sitio)
se puso a gritar:

(Gritos al foro)

¡La propiedad es un robo!
Y:
¡abajo los tiranos!

(Las consignas son repetidas en el foro. Un personaje con peluca de tirabuzones se adelanta)

Pregonero.—

(Lo presenta)

Para nosotros es un gran placer
el presentarles al Señor Voltaire.

Voltaire.—

(Salmodia)

Nosotros recibimos de un tal Marat
un opúsculo titulado "Del Hombre" o algo así;
el tal Marat expone en este ensayo
tan revolucionario
que el alma tiene su asiento en la corteza cerebral
desde la cual actúa sobre la máquina hipodráulica del cuerpo
y recibe al regreso, del *mecanimismo* corporal,
informaciones que transforma en conciencia
por un sistema ramificado y sucesivo
de centrífugas fuerzas.
O, dicho de otro modo,
este señor es de la opinión
de que un callo en los pies provoca
en las circunvoluciones cerebrales sufrimiento del alma
y que un alma amargada
da amargor en el hígado o afecta a los riñones.
Para estas pérdidas de tiempo

que se tratan de pasar como si fuera ciencia
no disponemos ni de una ligerísima sonrisa.

(Cucurucu y la Rosiñol dan un grito irónico: ja, ja, ja. Un personaje aureolado de palmas se adelanta)

Pregonero.—
Y ahora les vamos a presentar
a Lavoisier: una celebridad.

Lavoisier.—

(Salmodia)

La Academia de Ciencias tiene conocimiento
de una memoria escrita por un señor Marat
sobre la electricividad, la luz y el fuego.
El llamado Marat tiene la pretensión
de saber cómo superar nuestra atrasada ciencia.
Dice que el fuego no es un elemento
sino un fluido líquido
donde el fuego se forma por calentamiento
y se enciende al contacto del aire.
En cuanto a la luz, resulta que no es luz
sino el camino de luz que recorre la luz
o, lo que es lo mismo, que sólo se mantiene
a base de rayos vibracionantes.
No cabe duda de que es un gran descubridor,
pues dice que el calor no es, en realidad calor
sino que también sólo se mantiene
a base de rayos vibracionantes,

los cuales sólo producen el calor cuando hacen carambola
con un cuerpo y entonces ellos mismos ponen en movimiento
a las molecubolas más pequeñas.
Dicho en otras palabras: que este maestro tiene la pretensión
de que es inaceptable
un universo creado de una forma
estable y, por decirlo así, definitiva
y pone en lugar de ello una perpetua
actividad de magnetitismos electríficos
que se frotan o rozan los unos con los otros.
No es nada extraño
que ahora se encuentre así (por la bañera)
sin saber a qué picor acudir para rascarse.

(Kokol y Polpoch ríen irónicamente: ja, ja, ja. El padre y la madre vuelven a su risa. Todos los personajes se ponen en actitud de jueces a punto de pronunciar una sentencia)

Voltaire.—

(Sobre fondo musical)

Y como no lo llevaban a nada sus teorías...

El soldado.—
La Revolución fue para él la ocasión ideal...

El maestro.—
Y, entonces, se pasó donde los oprimidos...

El nuevo rico.—

Como Amigo del Pueblo; que así se hizo llamar.

El soldado.—
Pero él no pensaba de verdad en el pueblo.

Lavoisier.—
Pensaba en su desgracia y sólo en eso.

(Balanceándose y riéndose a carcajadas, el padre y la madre se llevan la carreta con los figurantes. Roux acude para tomar, con retraso, la defensa deMarat)

Roux.—
¡Pobre del ser excepcional
que se atreve con todos los límites
para forzarlos, para franquearlos!
Por todas partes esos brutos,
fieles a sus viejas tradiciones,
obstaculizan su camino y lo cubren de injurias.
Querías claridad
y por eso escrutabas en la luz y en el fuego.

(Agitación al foro)

Querías averiguar el arte de domar la energía
y estudiabas por eso la electricidad.
Querías dilucidar las funciones del hombre
y por eso intentaste saber lo que sería el alma

(Algunos pacientes se adelantan y agrupan)

...el alma, o sea, ese grumo
de vacuos ideales y moral incoherente;

y tú pusiste el alma en el cerebro
para que aprendiera a pensar pues para ti
el alma, ¿qué es sino una cosa práctica
gracias a la cual podemos regular
y dominar nuestra existencia?
Y viniste a la Revolución
porque te pareció
que ante todo hacía falta
cambiar radicalmente este estado de cosas
y que sin ese cambio
ninguna empresa nuestra
podría realizarse.

(Se levanta Coulmier. Las hermanas y los enfermeros se precipitan sobre Roux y lo arrastran hacia el foro. Sade está de pie, erguido, delante de su silla, y sonríe. Carlota Corday duerme en su banco. Duperret está sentado en el suelo, delante de ella)

El coro.—

(Sobre fondo musical, mientras las hermanas cantan una letanía)

Marat, ¿qué están haciendo con la Revolución?
Lo que ocurre nos causa malísima impresión.
Nosotros somos pobres; no nos dan ocasión.
No esperes a mañana, dice nuestra canción.

(Fin de la música)

El Pregonero.—

(Sacude su carraca)
Suspendamos ahora brevemente
esta acción cuyo fin es inminente.
Gocemos de un momento de respiro
cual si éste fuera un juego divertido;
cual si el fin que resuelve los problemas
pudiera retrasarse por las buenas.
Y pudiera ponerse a nuestro gusto
el desenlace en el momento justo.

(Breve silencio. Se adelanta a primer término. En voz más baja, confidencial)

Gocemos los que aquí tenemos suerte
sin olvidar durante el entreacto,
fumando un cigarrillo, que espera aquí la muerte
Marat en su bañera, doliente y tumefacto.

Acto segundo

Las campanas de la casa de salud suenan detrás del escenario.

27 La asamblea nacional

El mismo escenario con la siguiente disposición de grupos: a la izquierda, alrededor de la silla de Sade y delante de la tribuna de Coulmier, se sientan los pacientes que representan a los girondinos en la Asamblea Nacional.

Duperret se sienta entre dos pacientes que se han vestido de prostitutas.

A la derecha, alrededor del baño de Marat, se encuentran los pacientes que representan a los jacobinos y a los representantes del pueblo, que escuchan con atención. Aquí están también los cuatro cantores.

Coro en secciones:

Un largo, sostenido, abucheo.

Un largo y monótono silbido.

Un pataleo sordo, amortiguado.

Marat permanece incorporado en la bañera y mira hacia delante.

Pregonero.—
Escuchemos a Marat en su última hora
cuando el último discurso va a decir
para recomendar al auditorio a un hombre digno
de ser tribuno y que se pueda ya elegir.

(Hace una señal a la orquesta. Trompetas. El círculo de asistentes silba, patea, arrastra los pies)

Clamores.—

(Concertados)

—Abajo Marat.
—Que le impidan hablar.
—Escuchadle. Tiene derecho a la palabra.
—Afuera.
—Viva Robespierre.
—Viva Danton.

Marat.—

(Habla en el vacío, hacia delante de sí mismo. En ningún momento de su alocución se dirige a los que son presentados en escena. Se tiene la clara impresión de que el discurso es imaginario)

Ciudadanos,
diputados de la Asamblea Nacional,
nuestro país está en peligro.
Desde todos los rincones de Europa
varios ejércitos han venido para violar nuestras fronteras.
Están dirigidos por acaparadores
que se disponen a estrangularnos y se disputan ya
su parte del botín, o sea, de este pueblo.
¿Y qué hacemos nosotros?

(A la izquierda, pateo)

Nuestro ministro de la Guerra
en cuya virtud e integridad siempre habéis confiado,
ha vendido por su propia cuenta
el trigo destinado a abastecer nuestros ejércitos

y lo ha vendido al extranjero
donde hoy sirve de suministro
para las tropas que luchan hoy contra nosotros.

(Silbidos prolongados.
Gritos: ¡Mentira! ¡Fuera!)

Nuestro general Dumoriez

(Interrupción de la Sra. Coulmier: ¡Bravo! ¡Viva Dumoriez!)

contra el que os he prevenido desde hace tanto tiempo
y al que ayer todavía rendíais homenaje como si fuera un héroe,
se ha pasado, sabedlo, al enemigo.

(Gritos: Uh. Uh. Bravo. Mentira. Pateo)

La mayoría de nuestros generales
simpatizan con nuestros emigrados
y esperan sólo el día
en el que puedan reemprender, otra vez juntos,
sus pequeños negocios.

(Gritos: A la guillotina.
Muera Marat. Provocador. Embustero.
Viva Marat)

Nuestro hombre de confianza para la Hacienda,
ese Sr. Cambon al que antes se aplaudía
os sustrae con falsos valores en papel
una fortuna que mete en su bolsillo
y por la emisión de ese papel moneda

conduce la inflación al paroxismo.

(Silbidos y pateo.
Interrupción de la Rosiñol: Viva la libre empresa)

Y he oído decir
que nuestro hábil financiero Pérregaux
de acuerdo con ingleses en secreto
dirige desde el fondo de sus cámaras blindadas
un centro de espionaje contra el pueblo.

Coulmier.—

(Se levanta de un salto y se interpone. Prosa)

Esas indecencias contra un hombre de mérito, caballero de la Legión de Honor, nombrado Director del Banco de Francia por Napoleón... es...

(Interrupciones: Basta, Marat.
Tapadle la boca.
Que continúe.
Viva Marat)

Marat.—

(Se hace de nuevo con la palabra)

El pan no está al alcance de la gente,
nuestros soldados visten con harapos,
y una nueva guerra civil acaba
de ser desencadenada por la contrarrevolución.
¿Y qué hacemos nosotros?
Hasta ahora ni un pedazo de tierra

de las posesiones del clero ha sido distribuido
entre los campesinos sin tierra.
Hace ya años que propongo
que tales posesiones sean divididas en parcelas
y procurarles material, máquinas, semillas.
Tampoco hay rastro alguno de los talleres comunales
que teníamos que haber instalado en los conventos
y en los palacios señoriales.
El que tiene trabajo
se revienta
a beneficio de los intermediarios, los agentes de Bolsa y los especuladores.

(Silbidos y abucheo)

Ciudadanos,
¿por qué hemos luchado? ¿Por la libertad
de los que hoy nos explotan?

*(Gritos: Cierra la boca. Que lo echen.
Escuchadle. Atención)*

Nuestro país está en peligro.
Mencionamos a Francia,
mas, ¿para quién es Francia?
Hablamos de libertad.
Mas, ¿para quién es la libertad?
Diputados de la Asamblea Nacional:
nunca liquidaréis así el pasado.
Nunca comprenderéis así

las grandes conmociones a las que os habéis comprometido.

(Silbidos y abucheo)

¿Por qué no tiene miles de asientos esta Convención
para que todos los que quieran,
puedan oír lo que sucede?

Duperret.—
¿Adónde quiere llegar con sus historias?
¿A sublevar a la gente una vez más?
Miren ahí toda esa gente en las tribunas;
son costureras, porteras, lavanderas,
que no trabajan ya, que abandonaron sus empleos.
¿A quién tiene con él aún?
Rateros, vagos y parásitos que no hacen otra cosa
que vagabundear por esos bulevares

(Indignación en el público)

o se arrastran por los cafés

(Una voz: Ojalá pudiéramos)

ocultando sus antecedentes penales
o que se han escapado de un asilo.

(Tumulto y silbidos)

¿Con esa gente quiere gobernar el país?

Marat.—
Embusteros.
Vosotros detestáis al pueblo.

(La gente vocifera indignada.
Gritos: Viva Marat. Él dice la verdad)

Siempre veréis en el pueblo
una masa bruta e informe sin ojos ni cabeza
porque estáis separados de él.
Os habéis dejado arrastrar a la Revolución
sin conocer sus principales fundamentos.
Nuestro respetable Danton, ¿no dice él mismo
que en vez de proscribir la riqueza
deberíamos esforzarnos
por devolver su dignidad a la miseria?
Y Robespierre,
que ante la simple palabra violencia palidece,
¿no va a sentarse a las mesas distinguidas
y a conversar con elegancia
a la luz de las velas aristocráticas?

(Siseos.
Gritos: Abajo Robespierre. Viva Marat)

Toda vuestra ambición nunca ha sido otra cosa
que pareceros a esos canallas empolvados,
Necker, o Lafayette, o Talleyrand.

Coulmier.—

(Se interpone. Prosa)

No siga. *(Se vuelve a los demás)* Recuerden, señoras y señores, que estamos

en el año 1808 y que el Emperador ha devuelto a esos nombres, que en otro
tiempo fueron arrastrados por el fango, todo el lustre que les corresponde.

Marat.—
...y a todos los demás
sea cual sea su maldito nombre.
Necesitamos contar por fin con un verdadero diputado
del pueblo;
alguien incorruptible en quien podamos
depositar la confianza.
Por ahora tenemos confusión y caos.
Está bien.
Es el primer estadio.
Es necesario pasar ahora al segundo.
Elegid ahora a uno capaz de defenderos,
capaz de defender
vuestros inalienables intereses.

(Interrupciones: Marat, dictador.
Marat a su bañera.
A la basura. A las cloacas.
Dictador de ratas de alcantarilla)

Dictador,
esa palabra tiene que desaparecer.
Yo detesto todo lo que pueda recordar
a los patronos y a los patriarcas.
Hablo de un jefe capaz en época de crisis.

(Sus palabras se pierden en un violento tumulto)

Duperret.—

(A la Asamblea)

Vean que va a lanzar
un nuevo llamamiento al crimen.

Marat.—
Nosotros no somos asesinos,
matamos en legítima defensa,
peleamos por nuestra vida.

Duperret.—
¡Ah, si tuviéramos pensamientos creadores
en vez de agitación!
¡Si reencontráramos la belleza y la armonía
en vez del fanatismo y el delirio!

(Los cuatro cantores se echan sobre él y le hacen callar tapándole la boca)

Roux.—

(Apareciendo desde el foro)

Tomad conciencia de lo que está ocurriendo.
Uníos.
Destruid a vuestros enemigos
porque si ellos triunfan
no os perdonarán ni a uno tan sólo de vosotros
y lo que se ha ganado

se perderá sin remisión.

(Gritos de entusiasmo, silbidos y pateo en el coro. Uh, uh.
Fuera Marat.
Abajo, abajo Marat)

Gritos.—
Marat, Marat, Marat, Marat, Marat.
Coronad a Marat.
Un triunfo para Marat.
Viva la calle, el pueblo.
Vivan las farolas.
Vivan las panaderías.
Viva la libertad.
Abajo la camisa de fuerza.
Abajo los cerrojos.
Abajo las verjas.

(Insurrección y vociferaciones. Los pacientes irrumpen en primer término.
Hacen rodar la bañera de Marat hacia el podium de la derecha)

Coro.—
Bravo, Marat, tú eres nuestra esperanza.
En ti sólo tenemos confianza.

Kokol y Polpoch.—

(Bailan)

Liquidad a los ricos y a su dios juntamente,
y guardaos las perras: es cosa conveniente.

Cucurucu y la Rosiñol.—

(Bailan)

Un buen día quisiéramos si ello fuera posible
comer cabrito asado y un postre apetecible.

Coro.—
Marat, Marat, Marat, Marat, Marat.

Sade.—

(Mientras el coro, al fondo, va callándose)

Y acabarán por encontrar al hombre
sobre el cual descargarlo todo y luego
así lo presentarán ante la historia: un monstruo sanguinario.
Se llamaba Marat y lo demás, silencio...

(Redobles de tambor. Encadenan con la música)

28 Pobre Marat en tu bañera

Marat se deja caer en la bañera. Agotado, descansa la cabeza sobre la tablilla.
Los bancos del público son retirados. Los pacientes, rechazados hacia el foro por los enfermeros y las hermanas. Delante, en la plataforma, los cuatro cantores bailan una lenta carmañola.

Kokol y Polpoch.—
Pobre Marat que te bañas,
no te queda mucho tiempo.
Se va acercando la hora

aunque ella esté durmiendo.

Cucurucu y la Rosiñol.—
Si ella llegara a olvidarse
con sus sueños, tú te salvas.
No te queda otro remedio:
que falte el golpe de gracia.

Kokol y Polpoch.—
Pobre Marat, ten cuidado.
Sin ti seremos más pobres.

Cucurucu y la Rosiñol.—
Ten cuidado por el día
mas sobre todo esta noche.

(Tres truenos en el tambor. Al foro, se ha restablecido una calma relativa. Los pacientes deben mantenerse alineados, con las manos cruzadas sobre la nuca.
Las hermanas se ponen delante de ellos, con las manos juntas, en oración; se oye la letanía de las plegarias. Los cuatro cantores bailan un poco aún y luego se tienden en la plataforma)

Marat.—

(Con voz angustiada)

Simona, ¿quién llama de esa forma?

(Otra vez tiránico)

Simona, échame agua fría.

(Simona continúa en cuclillas al borde del podium, sin reaccionar)

Simona, ¿dónde está Lebas?

Sade.—
Déjalo, Marat.
Tú mismo lo has dicho:
esos borradores son apenas viento.
Escritos,
pensamientos,
proyectos,
todo
desaparecerá.

(Marat con el rostro abatido sobre la tabla, se tapa los oídos)

Marat,
mírame.
¿Qué fue, Marat, tu vida? Eres
una cosa que sufre
dentro de una bañera.

(Los pacientes cambian de posición por orden de las hermanas y levantan las manos al aire)

Marat.—

(Se reincorpora un poco)

Nunca tuve yo tiempo para nada;
sólo de trabajar.
La noche y el día no me eran suficientes.
Estudiaba un caso difícil y en seguida

se ramificaba en otros muchos.
Donde yo intervenía
todo se ponía a proliferar entre mis manos.

(Un enfermo de la fila cae desmayado. Un enfermero se lo lleva)

Cuando escribía,
era en la acción en lo que yo pensaba
y siempre fui consciente
de que escribir era sólo un preludio de la acción.
Cuando escribía
lo hacía siempre presa de la fiebre
y presintiendo los truenos de la acción.

Sade.—
¿A qué vienen ahora más proclamas?
Es ya tarde, Marat.
Olvida esa proclama.
Está plagada de mentiras.
¿Qué puedes esperar aún de esta Revolución?
¿Adonde lleva?
Mira a esos rebeldes perdidos

(Señala a los cuatro cantores, que ahora están sentados)

con toda su exhibición de escarapelas.
¿Qué órdenes vas a darles?
Tú mismo has dicho
que en las manos del Poder las leyes
se convierten en instrumentos de opresión.
¿Te gustaría a ti que alguien
decidiera de tu destino o del de tus escritos

y te obligara a ti
a este o aquel trabajo
y te impusiera unas consignas
así, sin tregua,
hasta que las cumplieras incluso en sueños?

(Los pacientes del fondo se mueven en corro, seguidos por las plegarias de las hermanas. Los cuatro cantores se ponen en pie y andan hacia adelante)

Marat.—

(Se deja caer otra vez sobre la tabla)

¿Por qué se hace todo tan confuso?
Todo lo que yo dije era verdadero;
pensaba todo bien, mucho antes de decirlo.
Los argumentos eran justos.
¿Por qué tengo ahora dudas?
¿Por qué ahora todo suena a falso?

Los cuatro cantores.—
Pobre Marat, metido en tu rincón,
vas un siglo delante de nosotros,
y mientras la guillotina suena afuera
las cabezas de tus palabras caen al foso.
Y la sangre que corre va arrastrando
las verdades que fuiste pronunciando.

(Fin de la música. Los cuatro cantores se retiran. Los pacientes vuelven a ser conducidos a sus sitios. Las hermanas tratan de despertar a Carlota

Corday.
Suenan tres fuertes golpes)

29 Preliminares de la tercera visita

El Pregonero.—
Corday, despiértate.
(Una pausa.
Murmuran el nombre de Carlota Corday en el foro. El murmullo cre-
ce y se

propaga por todo el escenario. Las hermanas sacuden a Carlota Corday. Duperret la llama por su nombre. Simona está de pie, como paralizada, cerca de la bañera, con los ojos fijos en Carlota Corday)

El Coro.—
Corday, Corday,
despiértate,
despiértate,
despiértate, Corday,
Corday, despiértate.

El Pregonero.—

(Hace una señal a la orquesta, que ataca el tema de Carlota Corday)

Carlota Corday, llegó el momento.
Basta ya de dormir; que pasa el tiempo.
Carlota Corday, levántate ahora mismo
y coge tu puñal con heroísmo.

(Una pausa.
Carlota Corday es puesta en pie por las hermanas. Su cabeza se cae y se le doblan las rodillas. Las hermanas la sostienen y la conducen despacio hacia delante.
Sus piernas arrastran por el suelo.
Duperret la sigue, sujetándola por las caderas)

Ánimo, Carlota, pues pronto (y de repente)
podrás seguir durmiendo eternamente.

(Empujan a Carlota Corday hacia la plataforma. Dos hermanas la sostienen, una por cada lado. Duperret, detrás de ella, la sostiene por la espalda. Cesa la música)

Corday.—

(Con los ojos aún cerrados, habla bajo y con acento de angustia)

Ahora ya sé cómo es ese momento
en el que el cuerpo y la cabeza se separan,
cuando las manos están atadas a la espalda,
los pies también atados,
desnudo el cuello,
la cabeza rapada,
ese momento del patíbulo,
y el ruidito de la cuchilla que se eleva
y en el oblicuo filo
la sangre que gotea,
y después el momento
en el que la cabeza queda uncida al yugo de metal

y los ojos se hunden en el cesto sangriento
y cae la hoja
y la cabeza y el cuerpo se separan con un corte salvaje.

(Una pausa)

Dicen que la cabeza
cuando el verdugo la levanta con su mano
vive aún y sus ojos
ven aún;
que aún se mueve la lengua
y que por tierra los brazos y las piernas se contraen.

Duperret.—

(Se pone ante ella pero sin dejar de sujetarla por las caderas. Música de laúd)

¿De qué hablas tú, Carlota?
¿Qué sueños son los tuyos?
Despiértate, Carlota, y contempla los árboles,
contempla el rosa del crepúsculo.
Déjate de pensar en esas cosas.
Disfruta de la tibieza y de la brisa del verano
que así hace palpitar tu hermoso pecho.

(Una pausa.
Extiende la mano y le acaricia el pecho. Siente el puñal escondido)

Mas, ¿qué llevas ahí?
Un puñal. Tíralo.
(Cesa la música)

Corday.—

(Lo rechaza)

Debemos llevar armas
para, si nos atacan, defendernos.

Duperret.—

(Le suplica)

Nadie te quiere mal a ti, Carlota.
Carlota, tira ese puñal.
Vete de aquí.
Vuelve a Caen.

Corday.—

(Se yergue y aparta a las hermanas)

En mi cuarto de Caen
sobre la mesa y ante la ventana
está abierto el libro de Judith,
Judith, que salió un día para no más volver.
Vestida de belleza
se presentó en la tienda del tirano
y allí de un solo golpe
lo aniquiló.

Duperret.—
Carlota, ¿qué tramas, qué me ocultas?

Corday.—

(Otra vez perdida en sus sueños)

Observa esta ciudad
en la que las prisiones están llenas
de amigos nuestros. Acabo de dejarlas
en mi sueño.
Estaban ahí, encerrados,
y a través de las rejas, pálidos, oían
a los centinelas hablar de ejecuciones.
Ahora lo están haciendo por hornadas,
los sacan por listas largas que, a medida
que se acortan en manos del verdugo,
se alargan con las nuevas detenciones.
He estado cerca de ellos.
Esperábamos que llamaran nuestros nombres.

Duperret.—
Carlota, marchémonos de aquí,
vámonos juntos esta misma noche.

Corday.—

(Parece que no lo oye)

¿Qué ciudad es ésta?
¿Qué calles son éstas?
¿Quién ha imaginado todo esto
para sacar provecho de ello?
He visto a comerciantes
por todas las esquinas
vendiendo guillotinas pequeñitas
de cuchilla minúscula y cortante,

y muñecas
llenas por dentro de un líquido muy rojo
que brota por el cuello cuando las decapitan.
¿Qué niños son esos
que juegan a esos juegos?
¿Qué niño pronuncia esas sentencias?

(Los pacientes se adelantan y algunos forman un grupo en el centro. Carlota Corday levanta la mano y se dispone a llamar a la puerta)

30 Tercera y última visita de Carlota Corday

El pregonero golpea tres veces en el suelo, mientras Carlota Corday acaba el gesto que inició y llama a la puerta.

Marat se sobresalta y mira hacia Carlota Corday. Simona se sitúa delante de la bañera para protegerlo.

Duperret.—
¿Qué buscas aquí?
¿Tú sabes quién vive?

Corday.—
Aquí vive aquel
por el que he venido.

Duperret.—
¿Qué quieres de él?
No vayas más lejos.

(Cae de rodillas ante ella)

Corday.—
Tengo una misión
y debo cumplirla.
Vete ya de aquí

(Le empuja con el pie)

y déjame sola.

(Duperret se abraza a sus piernas. Ella le da patadas, Duperret se retira de rodillas)

El Pregonero.—

(Señala a Carlota Corday)

Y por tercera vez, ahora ustedes verán
a la que hace el papel de Carlota, intentar
dar fin a su proyecto. Ya ha llamado a la puerta
mientras que Duperret con la mirada muerta,

(Señala a Duperret)

agobiado por esto de la separación,
suplica, lo rechazan, pierde toda ilusión.

(Se mima esta escena)

Observen cómo ella no quiere saber nada
de volver a su pueblo, porque está obsesionada.
Nadie puede cambiar lo que ya ha sucedido
por más que deseáramos que fuera muy distinto.
Ya nada pinta éste, pues ella lo ha olvidado.

(Señala a Duperret.
Este retrocede de rodillas)

Sólo piensa en Marat. En Marat y en matarlo.

Marat.—
(Se yergue)
No, soy yo quien tiene la razón
y aún he de proclamarlo.
Simona, ¿dónde está Lebas?
Tengo que hacer
un llamamiento urgente.

(Simona se aparta y luego queda inmóvil, mirando como fascinada a Carlota Corday)

Sade.—

(Va hacia la bañera)

Marat,
¿qué valen todos los panfletos y discursos
al lado de ella
que está aquí para verte,
para besarte y abrazarte?
Marat,
es una virgen y está ahí, se te ofrece.

(Carlota Corday se pone más derecha y sonríe, se echa los cabellos a un lado y se pone una mano en el pecho, donde oculta el puñal)

Mira cómo sonríe,

cómo brillan sus dientes,
cómo se echa a un lado los cabellos.
Marat,
déjalo todo,
que ella viene hacia ti.
Marat,
no hay nada más, sólo ese cuerpo.
Mira,
está ahí,
con el pecho desnudo bajo un velo finísimo
y hasta puede que lleve encima un cuchillo pequeño
para dar más encanto a vuestro amor.

(Carlota Corday da un paso hacia la bañera. Ofrece su cuerpo a la vista, balanceándose con gracia. Simona está paralizada; aprieta maquinalmente el paño que lleva en la mano)

Marat.—
Simona,
Simona, ¿quién ha llamado ahora?

Sade.—
Una muchacha
venida de la lejana soledad de un claustro provinciano.
Piensa
en esas muchachas que duermen en la piedra,
vestidas
con rudas telas, ásperas,
y en el cálido aire de los campos que pasa
a través de sus rejas.

Piensa
en esas muchachas tumbadas en el suelo,
el vientre húmedo,
el pecho húmedo,
y que allí sueñan en los hombres
que dirigen, afuera, los destinos del mundo.

(Acorde de laúd.
En recitativo, mientras que los pacientes avanzan, y ejecutan la pantomima de la copulación.*)*

Sade.—

(Con acompañamiento musical)

Y un día, ya cansada de su gran aislamiento,
se sintió fascinada por este nuevo tiempo.
Y se dejó llevar por las nuevas pasiones
y quiso tomar parte en estas conmociones.
Porque, ¿qué sería de esta Revolución
sin una universal copulación?

El Coro.—

Porque, ¿qué sería de esta Revolución
sin una universal copulación?

(Fin de la pantomima)

Sade.—
Marat,
lo único que hay

es ese cuerpo que te espera.
Marat,
allá en la ciudadela,
durante trece años
aprendí
que este mundo es tan sólo
el mundo de los cuerpos
y que cada uno está lleno de una fuerza terrible
y todos solitarios y torturados por la angustia.
Allí en la soledad,
rodeado de muros,
oía ese murmullo perpetuo de los labios
y seguía sintiendo
sin una sola pausa
en las palmas de mis manos y en la piel de mi cuerpo
esos contactos deseables.
Bajo los trece cerrojos de aquella reclusión,
los pies cargados de cadenas,
yo no soñaba en otra cosa
que en aquellos lugares del otro cuerpo humano
que están ahí para perderse en ellos y en ellos consumirse.

(Se acerca un paciente, de puntillas, inclinado hacia adelante, y se queda justo en el límite de la plataforma, alargando la cabeza como para escuchar mejor.
Otros pacientes lo siguen y lo imitan)

Siempre soñé con ese único prójimo
y era un sueño de celos
desenfrenados

y de meditaciones muy violentas.
Marat,
estos calabozos del cuerpo interior son aún peores
que las más profundas cárceles de piedra
y mientras no se abran
toda nuestra rebelión se quedará tan sólo
en un motín de presos aplastado
por otros compañeros de celda.

El Coro.—

(Repite sobre la música)

Porque ¿qué sería de esta Revolución
sin una universal copulación?

(Fin de la música)

Corday.—

(A Simona, con acompañamiento de laúd)

¿Entregaste a Marat esa carta importante?
Le va en ello la vida. Déjame ir adelante.

(Trata de franquear la puerta)

Tengo que hablarle hoy mismo de aquella situación
pues en Caen preparan su pronta destrucción.

Marat.—
¿Quién hay en la puerta?

Simona.—

(Se coloca de nuevo ante la bañera para protegerlo)

Esa muchacha de Caen.

Marat.—
Déjala pasar.

(Simona se aparta moviendo desesperadamente la cabeza. Se pone en cuclillas detrás de la bañera y esconde el rostro entre las manos. Carlota Corday va hacia la bañera. Su cuerpo se balancea. Sonríe. Sigue con la mano en el pecho. Sade se vuelve hacia su silla, y se queda de pie junto a ella para seguir la acción apasionadamente)

Corday.—
Marat,
voy a decirte el nombre de mis héroes
pero no los traiciono
porque hablo con un muerto.

Marat.—

(Se yergue)

Habla más claro.
No te entiendo.
Acércate.

(Carlota Corday se acerca a la bañera con una sonrisa inexpresiva. Su cuerpoevoluciona con un movimiento lento. Desliza la mano en su pecho)

Corday.—

(Tomando poco a poco un tono de ritornello)

Te traigo nombres,
Marat,
los nombres de todos
los que se han reunido en Caen y allí conspiran.
Te traigo a Barbaroux,
Buzot,
Pétion,
Louvet,
Brissot,
Vergniaud,
Guadet
y Gensonné.

(A medida que recita los nombres, su rostro se convulsiona con una violencia mezcla de odio y voluptuosidad)

Marat.—
Pero, ¿quién eres tú?
Acércate más. Acércate.

(Marat se yergue. La toalla se le resbala por los hombros. Carlota Corday se acerca más, con el mismo movimiento ondulado. Le alarga la mano izquierda como para una caricia. Con la derecha tiene ya cogido el puñal pero aún no lo descubre)

Corday.—
Ya voy, Marat,
pero tú no me puedes ver
porque estás muerto.

Marat.—

(Con el torso desnudo, se endereza, grita)

Lebas,
escribe lo que voy a dictarte.
Hoy, sábado, 13 de julio
de 1793.
A la Nación francesa...

(Carlota Corday se encuentra ya junto a Marat. Su mano izquierda toca ligeramente su piel, el pecho, los hombros, el cuello. Marat, vuelto, inclinado hacia adelante, se apoya en el respaldo de la bañera. Tiene la pluma en la mano derecha. Carlota Corday saca el puñal del pecho, lo coge con las dos manos y toma un gran impulso para asestar la puñalada. El pregonero toca estridentemente el silbato. Los pacientes, los enfermeros y las hermanas no se mueven. Carlota Corday queda como abstraída. Marat ha vuelto a su posición de reposo)

31 Interrupción

El Pregonero.—
Por parte del señor de Sade es un buen truco
interrumpir aquí unos momentos nuestra acción,
porque así, de este modo, Marat podrá escuchar
lo que ha de suceder después de su violenta defunción;
cosas que ustedes saben, creo, perfectamente,
pues han leído la Historia o son supervivientes.

(Señala al público.
La música ataca una marcha militar rápida. Los cuatro cantores se adelantan)

Los cuatro cantores.—
En la Vendée los combates
son duros y encarnizados.
Se lucha con gran valor:
lo que podemos, limpiamos.
Con las banderas al viento
y con el fuego en la mano
nuestra unidad de castigo
va cortando por lo sano:
con la antorcha y el fusil
aquí incendio, allí disparo.
El regimiento Marat
—porque así lo hemos llamado—
no deja cabeza en títere
de todos los sublevados.
¡Marat, qué pronto se cumple
lo que tú has profetizado!
Cadáveres de enemigos
por el suelo derribados.
Se suicidan ellos mismos
los pocos que no matamos.
Pronto cercamos Lyon
con cañones y caballos.
La contrarrevolución

es atacada al asalto.
Ocupamos la ciudad;
tres mil son ejecutados.
Ahora pasamos por Nantes
y allí en masa los ahogamos.
Quedan las casas rebeldes
cual la palma de la mano.
Con las banderas al viento
a Tolón hemos llegado.
(Uno que aquí participa
luego será muy nombrado.)
Además de estas batallas
a los nuestros depuramos.
Como tú mismo dijiste,
no hay lugar para los blandos
ni para la gente inútil:
somos revolucionarios.
Y ya venimos con hachas
y en las carretas montados
persiguiendo a los traidores
contra–re-volú-cionarios.
La cabeza de Dantón
ya cayó en el cesto trágico.
Robespierre conduce ahora
contra vampiros bastardos
a todos los jacobinos
mejor o peor armados.
¡Pero cuántos aparecen
por muchos que exterminamos!

Ya ni el mismo Robespierre
ha podido soportarlo.
El mismo Jacobo Roux
se ha sentido desbordado.
Marat, vamos a decirte
en quién ahora confiamos.
Ya viene con su charanga,
tambores y clarinazos.
Es un ejemplo viviente.
Nosotros le acompañamos.
Marat, ya puedes sentirte
un poco recompensado.
Napoleón Bonaparte
es como tú de un país claro,
de Córcega o de Cerdeña,
y ya nos promete hablando
una paz muy duradera
y duradero trabajo
en fábricas de armamento
con salarios más bien altos.

(Silencios. Evoluciones y cambio)

Y en honor de la Revolución
ha tomado un título notable:
Será el Emperador Napoleón.
Es un espectáculo agradable.

32 El asesinato

El pregonero da la señal con el puntero.

El Pregonero.—
El Asesinato.

(Carlota Corday, súbitamente despierta y lúcida levanta los brazos muy arriba, por encima de la cabeza, para dar un golpe brutal, y clava el puñal en el pecho de Marat.
Grito simultáneo de todos los pacientes.
Sade está en guardia, triunfante, sacudido por una risa sorda.
Todos acuden a formar un cuadro heroico alrededor de la bañera.
Composición: Marat, como en el cuadro clásico de David, deja caer el brazo derecho fuera de la bañera. La mano derecha tiene todavía la pluma; la izquierda, los papeles. Carlota Corday aprieta todavía el puñal. Los cuatro cantores la tienen cogida por detrás y le tuercen los brazos tan brutalmente que se desgarra la ligera pechera del vestido y aparecen desnudos los senos. Simona se inclina sobre la bañera con un gesto de espanto. Duperret ha caído de rodillas cerca del podium de la derecha. Roux está subido en un banco cerca de la bañera. Los demás pacientes están de pie con los brazos extendidos. Alguno puede tener una actitud contorsionada.
El pregonero se adelanta y levanta el puntero)

33 Epílogo

La orquesta ataca una música sorda y solemne.

Las hermanas se adelantan y reciben en sus brazos a Carlota Corday, que se desploma. Reajustan su escote y se llevan a Carlota Corday hacia el fo-

ro, pasando delante de Sade. Al pasar, Carlota Corday le da el puñal. Dos hermanas despliegan una sábana, Marat sale de la bañera y se aleja, seguido por las hermanas que lo acompañan ocultándolo. Los enfermos, a los lados, toman actitudes de duelo. Roux levanta los brazos atados por encima de su cabeza.

Roux.—

(Con voz contenida)

Así habéis soportado
que se asesine a vuestro amigo.
Por inercia lo habéis dejado hacer.
Por ignorancia.
Así habéis permitido
que nuestros enemigos aseguren su imperio
de oro y hierro y sangre;
que os despojen de las riquezas de la tierra,
que son
una propiedad igual de todos.
Por última vez,
levantaos.
¿Cuándo aprenderéis a ver las cosas?
¿Cuándo comprenderéis las cosas?
¡Enseñadles
que no podrán apoderarse de vosotros
así como así, porque vosotros...!

(Coulmier baja de su tribuna con gestos vehementes. Unos enfermeros llevan a Roux brutalmente a su banco. Le ponen una mordaza.

Coulmier se adelanta al centro de la plataforma, al tiempo que una gran pancarta con una efigie gloriosa de Napoleón es descolgada desde arriba (o desplegada por dos enfermos contorsionados). Al bajar (o ser desplega-da) lapancarta, los enfermos empiezan a adoptar actitudes de homenaje)

Coulmier.—
Distinguido público de un siglo de las luces,
después de haber mirado las desgracias de ayer,
volvamos la mirada a este presente nuestro
en el cual ya tenemos, como podemos ver,
si no la paz completa, al menos la esperanza
de un mañana mejor, de alegría y placer.

(La música va convirtiéndose en una marcha monótona.
Los pacientes del foro se alinean en columnas de marcha.
Después marcan el paso sobre sus lugares)

Vivimos hoy en día en un tiempo muy otro,
un tiempo sin derrotas, ni agresiones, ni azar,
y nos recuperamos lo mejor que podemos
y tenemos carbón y pan en el hogar.
Y si viene otra guerra, no nos importa nada,
pues si viene otra guerra la vamos a ganar.

Los cuatro cantores.—

(Marcan el paso)

Y si unos tienen mucho y la mayor parte nada,
¿qué importa pues marchamos hacia un común trabajo?
Hablamos libremente; es derecho de todos;
y si alto no podemos, lo decimos más bajo.

El Coro.—
Nosotros, internados, no tenemos cadenas
y el honor del país ya no está por el suelo;
no hay ninguna razón para hablar de política
pues con un hombre basta como guía y consuelo.
Los cuatro cantores y el coro.—
¡Y ese hombre es el gran emperador Napoleón
que terminó gloriosamente nuestra Revolución!

(La música se intensifica. La columna se lanza para avanzar. Las hermanas y los enfermos intervienen para rechazarlos. Por varias veces, la columna da cuatro pasos adelante y tres hacia atrás. La música y la cadencia se hacen más vehementes.
Coulmier se aparta con inquietud y gesticula con los brazos)

Todos.—
Conduce nuestro ejército invencible
más allá de los mares, las nieves y desiertos.
Lleva nuestro poder por todos esos mundos
para hacerlos felices, descontando a los muertos.

(Sobre una cadencia ensordecedora, la columna progresa, dando algunos pasos adelante, algunos pasos hacia atrás. Empujados por los enfermos y las hermanas, ahora van perdiendo terreno y gritan desordenadamente)

Coulmier.—

(Grita más fuerte que el tumulto)

¡Vivan el Emperador y la Nación!

¡Viva nuestro establecimiento de Charenton!

Todos.—

(Desfilan a los gritos —rítmicos y mezclados— de:)

Charenton, Charenton.
Napoleón, Napoleón.
La Nación, la Nación.
Revolución, Revolución.
Copulación, copulación.

(Música. Los gritos y el pateo adquieren los caracteres de una tempestad. Una gran corriente de aire llega por las altas ventanas laterales y las grandes cortinas flotan en el interior del escenario. A lo alto de la carreta se sube uno disfrazado de muerte, con guadaña. Lleva el sombrero y el capote de Napoleón y la mano metida en el chaleco. Grandes alaridos.
Coulmier, aterrado, se refugia en su tribuna y agita una campana de alarma.
Los enfermeros golpean a los pacientes con sus porras y derriban a muchos.
Las hermanas rezan una letanía.
La muerte agita su guadaña. Alaridos. Muchos pacientes siguen marcando el paso y dando vueltas; algunos más caen golpeados por los enfermeros, a los que Coulmier incita a gritos, corriendo de un lado para otro. Algunos parecen haber caído en un éxtasis. El pregonero dirige la orquesta dando grandes saltos. Roux logra avanzar a primer término, con los brazos trabados y la mordaza. Trata de hablar al público y sólo oímos un gemido sordo. Los enfermeros lo golpean. Cae. Se lo llevan a rastras.
Sade está de pie en su silla y ríe triunfalmente. Desesperado, Coulmier da

laseñal de que bajen el telón, agitando los brazos y gritando: ¡La cortina! ¡La cortina!*)*

Baja el
TELÓN

Índice

Acto primero

Acto segundo